COMEDIA FAMOSA.

EL CONDE DE SALDAÑA.

PRIMERA PARTE.

DE DON ALVARO CUBILLO DE ARAGON.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

El Rey Don Alfonso el Casto.	*Doña Ximena, Infanta.*	*El Alcayde de Luna.*
El Conde de Saldaña, Galàn.	*Doña Sol, Dama.*	*Abenyucef, Moro.*
Bernardo del Carpio, Joven.	*Don Gaston, Cavallero.*	*Monzòn, Lacayo.*
El Conde Don Rubio, Barba.	*D. Bermudo, Cavallero.*	*Soldados. Musica.*

JORNADA PRIMERA.

Salen Bernardo del Carpio, y Monzòn.

Monz. OY, que la Aldèa has dexado,
donde intratable has vivido,
y à la Corte te has venido:
oy, que en Palacio has entrado,
y el Rey honra con mercedes
à tu padre, y mi señor,
para lucirte mejor,
ceñirte la espada puedes:
que aunque te vì muchos dias
en la montaña en que estabas,
que las fieras sujetabas,
y sin armas las vencìas,
no perdonando ambicioso,
terror de aquella maleza,
del Ciervo la ligereza,
la ferocidad del Osso
en tu edad, y aqui està mal
sin espada un Cavallero.

Bern. Sin que mi padre primero
lo permita, no harè tal:
oy le pedirè licencia,
y con su gusto lo harè,
puesto que es mi padre, y que
se le debe esta obediencia.

Monz. Hà, cuerpo de Dios con tanta
humildad! espada pido,
si ya no es, que has venido
por Menino de la Infanta:
en tu espiritu gallardo
estraño la cortesìa.

Bern. Ya conocerà algun dia
el mundo quien es Bernardo.

Monz. Tu padre viene contento,
y del Rey favorecido;
la sopa se te ha caìdo
en la miel para tu intento.
Llegale à hablar satisfecho
de tu amor, y tu razon.

Bern. Jamàs le pedì, Monzòn,
cosa, que por mì haya hecho.

Monz. Yo lo creo, pues en duda
siempre lo bueno condena,
y para hacer cosa buena,
aun el nombre no le ayuda.
Perdona, si claro, ò turbio

mi lenguage no te quadre.
Bern. Mal nombre tiene mi padre?
Monz. No se llama el Conde Rubio?
mi capricho no te assombre,
porque en qualquiera ocasion
de perlas viene el chitòn,
por no decir tan mal nombre.
O què mal nombre! mal año:
y tù has de llamarte assi?
Bern. Si ya su hijo nacì,
he de tomar nombre estraño?
Monz. Bueno es, que tràs un diluvio
de hazañas, que de tì espero,
muy vulgar, y muy casero
te llames Bernardo Rubio:
no viene bien. *Bern.* A tu humor
tan buena locura igualo.
Monz. Ello bien puede ser malo,
mas no puede ser peor.

Sale el Conde Don Rubio.

Rub. Què estais tratando los dos?
Monz. Miren què falso que viene! *ap.*
Rub. Este bastardo me tiene *ap.*
enfadado, vive Dios.
La sobervia, y el desdèn
nacieron con èl (què enfado!)
pues con haverle criado,
no puedo quererle bien:
que como en ofensa mia
naciò (digo, de mi amor)
aunque con tanto valor
la Infanta de mì se fia,
de suerte en mi pecho lidia
aquel antiguo pesar,
que aun no he podido olvidar
ni los zelos, ni la embidia.
Quise à la Infanta, y atento
à su amor llorè desvelos;
no me oyò, y de aquellos zelos
aun dura este sentimiento.
Este piensa que es mi hijo,
y pudiera conocer,
que no lo es, solo con vèr,
que en su presencia me aflijo:
porque el amor paternal
jamàs se pudo encubrir;
mas còmo ha de discurrir
bien el que naciò tan mal?
Bern. Señor, ya sè, que ofendido
te muestras siempre de mì,
mas ya en tu casa nacì
sin culpa de haver nacido:
bien que culpa llegue à ser
nacer con desdicha igual,
porque es culpa original
en los hombres el nacer.
Lo que à suplicarte vengo,
es, que supuesto, señor,
que no me falta valor,
y años suficientes tengo,
permitas, y dès licencia
(si mi aliento no te enfada)
para ceñirme la espada,
que en esta humilde obediencia
à mi sangre satisfago,
y debes reconocella,
pues pudiera yo sin ella
ceñirmela, y no lo hago.
Rub. Espada? pues aun no puedo
sin ella, y con la razon,
templar vuestra presuncion,
y sin verguenza, y sin miedo
buscais ocasion mayor?
Bien parece (estoy sin mì!)
que sois::- mas quedome aquì.
Bern. No soy tu hijo, señor?
Rub. Què gentil rapacerìa! *ap.*
pues sabed::- *Bern.* Fortuna escasa! *ap.*
Rub. Que no ha de haver en mi casa
mas espada, que la mia.
Monz. Tome esso, mire si obra *ap.*
la purga, mire si brama
contra el hijo: èl no se llama
Don Rubio? pues basta, y sobra.
Bern. Tan malo es tener, señor,
à tu lado un hijo honrado,
que puesta la espada al lado,
mire por ella, y tu honor?
Tan fuera và de camino
ceñirme la espada yo?
Què padre no se alegrò,
por Natural, y Divino
Derecho, comun, y usado,
de vèr su imagen, y vèr
restituido su sèr
en el hijo, que ha engendrado?
Quièn no quiere vèr copiada
su persona toda entera,

desde la calza à la cuera,
desde el puñal à la espada?
Solo tù, cuya passion,
llevandote à ser ingrato,
gustas de vèr tu retrato
con aquessa imperfeccion.
Y dudo, quando contrasto
el rigor con que me aflijo,
si soy, ò no soy tu hijo,
si eres mi padre, ò padrastro.
Quien los exercicios trueca,
de su mismo sèr se enfada:
yo nacì para la espada,
como otros para la rueca:
y vive Dios::- *Rub.* Imprudente,
basta ya, que vèr no quiero
en vuestra mano el acero,
que se acobarde, ò se afrente.
Bern. Acobardarse en mi mano
el acero? *Rub.* Sì, rapàz,
que ni valiente, ni audàz
puede ser el que es villano.
Bern. Luego yo villano soy?
Rub. Mucho aqui me descubrì: *ap.*
Yo puedo hablaros assi.
Bern. Claro està, y por esso doy
à mi espiritu gallardo
reportacion tan felice,
que à ser otro quien lo dice,
se acordàra de Bernardo.
Mas bolviendo à hacer la cuenta
conmigo, hallo à consolarme,
que no puedes tù afrentarme,
sin tener parte en la afrenta:
porque à ser de otra manera,
antes que lo pronunciàra
la lengua se la sacàra,
vive Dios, à cuya fuera.
Rub. Esta arrogancia insolente
pretendo yo castigar.
Monz. Mal, señor, sabes llevar
una inclinacion valiente:
el rio mas caudaloso,
con la maña puede ser
vadeable, y que el que ayer
fue sobervio, oy sea piadoso.
Las prohibiciones fueron
causa de ìmpetu mayor:
dejadle correr, señor,
por donde todos corrieron.
Vadeale con descanso,
que es rio, y ha de parar,
como todos en el mar,
no le oprimas, y irà manso.
Rub. Su desverguenza, su mengua
de tì la pudo aprender;
pero yo sabrè poner
una mordaza en la lengua
à entrambos. *Bern.* Mira, señor::-
Rub. Què castigo hay que no os quadre?
Bern. No es possible sea mi padre *ap.*
quien me habla con tal rigor.
Monz. Ni quien Don Rubio se llama
puede, por Christo Sagrado,
ser padre de un hombre honrado:
llamase Rubia una Dama,
y no sin causa me quejo,
pues nadie puede dudar,
que es mina de rejalgar
un Don Rubio, ò Don Bermejo.
Rub. Me respondeis?
Monz. Quièn responde?
Rub. Villano::- *Bern.* Tu echura fui.
Rub. Idos entrambos de aqui.
Bern. Ya me voy.
Sale el Rey Don Alfonso, y acompañamiento.
Rey. Què es esto, Conde?
con quièn el disgusto ha sido?
Rub. Señor::- aora me vengo. *ap.*
Bern. Yo, señor, soy quien le tengo
indignado, y ofendido:
mi padre tiene razon
de estàr conmigo enojado,
y à tus pies::- *Rey.* Pues yo he llegado,
y enojos de padre son,
no haya mas, por vida mia.
Rub. Si vuestra Alteza supiera
quièn es esse, no le hiciera
tanta merced. *Rey.* Conde, el dia,
que en la Corte estais, colijo
de las honras que os prevengo,
que para mì mas no tengo
que saber, que es vuestro hijo.
Bern. Es culpa calificada,
indigna de mi obediencia,
llegar à pedir licencia
para ceñirme la espada,
quando en mi valor segura,

en mi edad, y en mi nobleza,
la misma naturaleza
esta falta me mormura?
Si esta es gran culpa, señor,
que la castigueis espero.

Rey. Conde, el noble Cavallero,
el que nació con valor,
el que con sangre excelente
los ojos al mundo abriò,
la espada con èl naciò,
desde la cuna es valiente:
luego aquel valor empieza,
que sus passados le dieron,
porque de un parto nacieron
las armas, y la nobleza.
La espada es bruñido espejo
del honor, càndido armiño;
nunca el niño noble es niño,
nunca el viejo noble es viejo.
Si esto solo ocasionò,
Conde, vuestro enojo, oy quiero,
armandole Cavallero,
ceñirle la espada yo.

Bern. Dexa, señor, que Bernardo
la tierra que pisas bese.

Rub. Callar tengo, aunque me pese. *ap.*

Rey. Un Cavallero gallardo
sin espada no ha de estàr.

Monz. Goceis del Fenix la vida.

Saca en una fuente espada, y espuelas.

Aqui, señor, prevenida
la tenìa. *Rey.* Esto es honrar
à quien lo merece tanto:
Llegad, Bernardo, que espero
que en vuestro brazo el acero
ha de ser del Moro espanto.

Ciñele el Rey la espada.

Bern. De vuestra mano, quièn duda,
y de vuestro nombre honrada,
que si es temida embainada,
que sea invencible desnuda?

Rey. Hagaos muy dichoso Dios:
Conde, esto ha de ser asi,
yo la espada le ceñi,
calzadle la espuela vos.

Rub. Esto mas! viven los Cielos::- *ap.*

Bern. No dissimula el pesar: *ap.*
que tenga de verme honrar
quien me engendrò embidia, y zelos!
no lo entiendo. *Monz.* Aunque mas ladre,
ya la espada el Rey le diò.

Bern. Parece, que debo yo *ap.*
mas sangre al Rey, que à mi padre.

Rub. Què pesar! A vuestra Alteza
obedezco, y sirvo asi.

Calzale la espuela.

Rey. Es debida, Conde, en mì
tal honra à vuestra nobleza.

Bern. Desde oy, señor, desde oy os sacrifico
en el altar de la obediencia mia,
siempre rico de amor, y siempre rico,
del favor, y mercedes de este dia:
oy he buelto à nacer, oy comunico
al alma nuevo sèr, nueva alegrìa,
pues dando à mi nobleza mas nobleza,
por tì renace, y à vivir empieza.
La espada, que oy me ciñes con tu mano,
serà horror, assombro, y maravilla
del Alarbe Andalùz, del Africano,
que en sangre tiñe barbara cuchilla:
las margenes veràs del Occeano
reducidas al centro de Castilla,
sin que para cumplirlo sean estorvos
selvas de lanzas, ni de alfanges corbos.
Ya me veràs en las sangrientas lides
apellidar tu nombre valeroso,
desde el Mar Gaditano, en quien Alcides
de un monte, y otro se labrò coloso,
hasta el Pirinèo excelso, en quien divides
del Franco Imperio, el Español famoso,
que yo solo he de ser, pues solo basto,
quiẽ aclame la voz de Alfonso el Casto.
Este rayo de acero, este gallardo
cometa de dos filos, este trueno
ha de ser en el brazo de Bernardo
azote universal del Agareno:
ya en desnudarla, y esgrimirla tardo;
sienta el turbante de plumages lleno
el ruidoso golpe, que amenaza
al que los antes de la adarga embraza.
Ya el belicoso estruendo me provoca
à buscar sus marlotas, y almaizares,
y ocioso el freno en la espumosa boca
à batir del Cavallo los hijares,
darè al bridòn esta animada ròca,
desbaratando Esquadras à millares,
hasta poner al pie de tu fortuna
cautiva, y presa la menguante Luna.

Rey. Creo de vueſtro valor,
Bernardo, lo que ofreceis.
Bern. Como vos, ſeñor, me honreis,
quanto he dicho harè mejor.
Monz. Aunque el Conde ſe deſplace
de eſta bizarra braveza,
crea, ſeñor, vueſtra Alteza,
que es hombre, que dice, y hace.
Y yo no me quedo atràs,
porque, aunque humilde he nacido,
me criè con èl, y he ſido
de ſus cimbrones el zàs,
de ſus preſtezas el juego,
de ſus golpes el amago,
el ruìdo de ſu eſtrago,
y la chiſpa de ſu fuego. *Tocan caxas.*
Rey. Creolo: mas què rumor
oigo? *Rub.* Novedad eſtraña!
Dentro. Viva el Conde de Saldaña
victorioſo, y vencedor.
Rub. Sin duda el Conde ha llegado
con victoria. *Rey.* Gran jornada!
ya de ſu valiente eſpada
me reconozco obligado.
Rub. Con el aplauſo que vès,
traen al Conde tus vaſſallos.
Tocan caxas, y ſale el Conde de Saldaña de Soldado muy galàn, y acompañamiento.
Conde. Muertos dexo dos cavallos
haſta llegar à tus pies. *De rodillas.*
Rey. Conde, à mis brazos llegad,
que aunque la victoria infiero,
ſaberla de vos eſpero
con mayor guſto. *Cond.* Eſcuchad,
que obedeceros, ſeñor,
es imàn de mi alvedrìo,
ſupueſto que el valor mio
nace de vueſtro valor.
Yace, generoſo Alfonſo,
entre dos ſierras un valle,
un penſil entre dos montes,
entre dos muros un Parque,
una perla entre dos conchas:
aſsi me explico mas facil,
pues con almenas de nieve,
ſiendo perla ineſtimable,
le guardan, y le conciben
ſus bruteſcos omenages.
En eſte, pues, ſitio alegre,
que para victorias tales
paleſtra, y cerco dichoſo
previno la comun madre,
hallè à Zeylàn, que venìa
tan ſobervio, y arrogante,
tan dueño de ſu fortuna,
que para que conquiſtaſſe,
le pareciò corta empreſſa
el blaſon de tu Eſtandarte.
Traìa el valiente Moro
ſeis mil Flecheros Infantes,
que al diſparar todos juntos,
tal vez por liſonjearle,
pavellon al Sol hacian
con las ſaetas volantes
aquel eſpacio pequeño,
que avecindaban los aires.
Engroſſaban ſu Eſquadron
de Toledo ſeis Alcaides,
à cuyo cargo venian
tres mil ginetes Alarbes,
cuya variedad de plumas,
repartida en los turbantes,
de Africanos abeſtruces
formaba viſtoſo enjambre.
Las adargas Tunecìes,
las marlotas, y almaizares,
de bufano doble aquellas,
y èſtas de ſeda, y eſtambre,
en las Andaluces yeguas,
que con relinchos, y eſcarces
al clarin le reſpondian
confundidos los metales,
traducian la Campaña
mucho Abril, à mayor Parque,
en cada nervioſo brazo,
ya acometa, ya amenace,
blandiendo el valiente freſno
juntaba por ambas partes
los dos opueſtos extremos
de acicalados remates.
Toda eſta pompa en efecto,
todo eſte viſtoſo alarde,
de galas lucha apacible,
de armas bèlico certamen,
que ni Africa menos forja,
ni menos tege Levante,
à las garras, y al bramido
de tus Leones audaces,

ſe viò poderoſo un Lunes,
y deſvanecido un Martes.
Eſte, pues, dichoſo dia
(aunque cobardes le infamen
ſuperſticioſos agueros
de cobardìas vulgares)
ſobre un alazàn toſtado,
Arabigo en nombre, y ſangre,
Caſtellano en la lealtad,
Andalùz en lo arrogante,
con humos Aragoneſes,
con alientos Catalanes,
tan Eſpañol, en efecto,
que del Betis los criſtales,
para examinarle hijo,
le reconocieron Sacre.
De crin, cernejas, y cola,
al moverſe, y al hollarſe,
eran las cerdas gualdrapas,
y al correr, alas que eſparce.
No viò en ſu carrera el Sol,
ſacando fuego en el Ganges,
oro peinando en las nubes,
nieve alegrando en los Alpes,
grana bordando en las ſelvas,
y eſpuma taſcando en mares,
alado bruto, que pueda
competirle, ni igualarle.
La rienda ajuſtè, y apenas
à los batidos hijares
llamò la dorada eſpuela,
quando reſpondiò con ſangre,
para convertirſe en fuego,
porque era el ſuyo tan grande,
que relinchando centellas
las piedras que piſa, y parte,
para mejorar de esfera,
ſe vieron llamas voraces.
Puſe en orden mis Soldados,
diſcurro por todas partes,
formando los Eſquadrones
en bien repartidos haces;
y al sòn de baſtardas trompas,
como deſtemplados parches,
ſe trabò la eſcaramuza
entre los ſangrientos bates.
Durò el tesòn invencible
haſta las tres de la tarde,
ſin que de tanta fortuna
el roſtro ſe declaraſſe.
Y viendo, que porfiaban
los ſuceſſos tan neutrales,
la dicha tan contingente,
la victoria tan durable,
embidè el reſto en la vida
de mis ſudores, y afanes.
Buſquè al General, y hallèle
eſgrimiendo el corbo alfange,
que à coſta de tantas vidas
gozaba purpureo eſmalte.
No aſsi à la tìmida preſa
el Aguila caudal bate
las alas, moſtrando à un tiempo
garra, y pico de diamante,
como yo parto à embeſtirle,
y èl à recibirme parte.
Chocaron pecho con pecho
los cavallos, que leales
titubearon ſufriendo
el encuentro formidable.
Tan en sì ſe hallaba el Moro,
que deſpues de recobrarſe
tirò un revès, y cortò
del freno los alacranes,
dejandome ſin las riendas,
como ſin timòn la nave.
Mas logrando mejor tiempo
en lo preciſo del lance,
falſeè con una punta
en ſu pecho malla, y ante,
abriendo para la muerte
fuentes de rojos granates.
Cayò del cavallo el Moro,
donde con anſias mortales,
en monumento de arena
ſirvieron à ſu cadaver
de tumba la blanca adarga,
de pira el rojo turbante.
Apellidè la victoria:
viva (dixe) viva en jaſpe
el nombre de Alfonſo el Caſto,
viva en bronces inmortales.
El Sarraceno Eſquadron,
como es fuerza que deſmaye
todo cuerpo ſin cabeza,
viendoſe ſin ella, abate
las medias Lunas, que ya
eclipſadas, y menguantes

à la luz de tanto Sol,
lloraron golpes fatales.
Vergonzosamente huyeron,
y yo siguiendo el alcance,
al triunfo de esta victoria
concedì el ultimo vale.
Ganè cincuenta Vanderas,
los cautivos, y el vagage,
negandome à la codicia,
repartì à mis Capitanes.
Enriquecì mis Soldados,
porque civiles achaques
no deslucießen mi gloria,
que es el soborno mas facil
de quien arriesga su vida,
con lo que ganò pagarle.
Esta victoria te ofrezco,
por mì este laurèl te añades,
en tanto que con tus huestes
en bucefalos navales,
recobrando nuevos mundos,
el Marmol Sagrado saques
del cautiverio, que llora
tanto Religioso Acates,
que de tu valor lo espero,
porque la victoria cantes,
porque tiemble de tì el mundo,
porque tus pendones Reales
se ensalcen con mi valor,
para que el mundo te aclame,
y porque victoria, y vida
à tu grandeza consagre.

Rey. Conde, otra vez, y otras muchas
llegad à mis brazos. *Abrazale.*

Cond. Rasgue
del libro de mi ventura
esta hoja, quien la hallàre
doblada, porque algun dia
la fortuna no se canse.

Monz. Oyele, por Jesu-Christo,
que està bien dicho el romance;
pero si yo le dixera,
no havia de poder quietarse
la turba de Mosqueteros
en hora y media cabales.

Bern. Aparta: què bien responde! *ap.*
vive Dios, que me ha llevado
toda el alma, por Soldado,
y por valeroso el Conde.

Rub. Apenas lugar me dà *ap.*
la embidia, que he recibido,
para darle el bien venido:
què ufano, y sobervio està!

Bern. Què dignamente le dàn *ap.*
aclamacion comunmente!
què bizarro! què valiente!
què gentil hombre, y galàn!
Parece que èl mismo ha sido
su artifice milagroso,
lo robusto con lo airoso,
lo fuerte con lo lucido.
Tan igual es, tan al justo
miro en èl, que no han faltado
lo galàn por delicado,
ni por feròz lo robusto.

Rey. Conde, ya con vos no puedo
tener siniestra fortuna,
vos sois la basa, y coluna
de mi Corona. *Cond.* En Toledo
tu silla pienso poner.

Rey. Si vos desnudais la espada,
con sangre alarbe manchada,
no dudo que venga à ser.

Cond. Ay Ximena! con què enojos *ap.*
vivo en quanto verte tardo!

Monz. Apenas mi amo Bernardo *ap.*
quita del Conde los ojos.

Cond. El Conde Don Rubio aqui? *ap.*
còmo la Aldèa ha dexado?
còmo à hablarme no ha llegado?
mala señal (ay de mì!)
Si mi Bernardo (à quien tiene
en su poder) si mi hijo
es muerto? mas què me aflijo?
nunca el mal tan sordo viene.

Rey. Porque veais lo que os quiero,
y mi amor conozcais oy,
el mayor oficio os doy
de mi mayor Camarero:
juradle, y servidle, Conde.

Cond. Vuestra Alteza asi procura
dar lustre à su humilde hechura,
y à su grandeza responde.

Rub. Ya crece mi embidia fiera. *ap.*

Bern. Vive el Cielo, que me he holgado,
que el oficio le haya dado,
mas, que si à mì me le diera.

Monz. Para lo que èl ha servido,

no

no monta esto quatro blancas.
Rey. La Tenencia de Simancas
está vaca, y no he querido
proveerla, porque vos
lo hagais: dadla à algun amigo.
Cond. Bien, señor, mostrais conmigo,
que sois imagen de Dios;
pues con valor singular,
de vuestra grandeza usando,
no solo dais, pero dando,
tambien enseñais à dar.
Darè al Conde esta Alcaydìa. *ap.*
Rub. Si el Rey su agravio supiera, *ap.*
menos mercedes le hiciera;
pero sabràlo algun dia.
Voyme, por no estàr mirando
embidioso, y desabrido,
la mano del ofendido
al mismo ofensor honrando. *Vase.*
Rey. Recorriendo estoy, què daros,
Conde, y para que ganeis
amigos, y siempre deis
nueva ocasion de alabaros,
permito que podais dar
de mi Camara dos llaves.
Cond. Mercedes, señor, tan graves,
quièn las mereciò gozar?
Quièn son estos Cavalleros?
que quiero en vuestra presencia,
puesto que me dais licencia,
honrarlos, y obedeceros.
Rey. El que à vuestro lado està
es mi ahijado, y heredero
del Conde Rubio. *Cond.* Oy espero
dar honra à quien me la dà.
Rey. Yò le he ceñido la espada,
y Cavallero le armè.
Cond. Y yo, señor, le darè
por vos la llave dorada:
favor, que se debe al Conde,
despues de ser muy mi amigo:
y este Cavallero, digo,
que al oficio corresponde,
que el Gentil-Hombre ha de ser,
despues de tener nobleza,
galàn por naturaleza::-
Bern. Que aquesto he llegado à vèr!
Cond. Y lo es, à fè de quien soy.
Bern. Vuecelencia sabe honrar
à sus criados. *Cond.* Jurad
de Gentil-Hombre desde oy,
aunque lo contrario siento,
que quien desde que naciò
de Gentil-Hombre jurò,
no ha menester juramento.
Monz. Este sì es Conde, y responde
à su ilustre nacimiento:
và à decir ciento por ciento
del un Conde al otro Conde.
Rey. Tratad, pues, de descansar,
y vedme luego. *Cond.* Señor,
en mì el descanso mayor
es serviros. *Bern.* Si escusar
el juramento no puedo,
y es preciso en mi nobleza,
perdoneme vuestra Alteza,
que con el Conde me quedo.
Rey. Quedaos, Bernardo, y contento,
porque à mi amor corresponde
hacer en manos del Conde
el solemne juramento. *Vase.*
Cond. El rapàz es extremado: *ap.*
de esta edad, sì, me parece,
que serà Bernardo: oy crece
con el amor mi cuidado.
Desde aquel dichoso dia,
que al Conde se le entreguè,
no le he visto mas, ni sè
mas de que el Conde le cria.
Sientase el Conde en la silla de dosèl para jurar à Bernardo, y èste se arrodilla.
Bern. En mano de Vuecelencia
hago pleyto, y juramento
de servir leal, y atento
con todo amor, y asistencia.
Cond. Basta. *Bern.* Ya la mano espero,
y que con ella me honreis.
Cond. Mucho, señor, me debeis,
desde que os vì, mucho os quiero:
pero hacer esto me toca,
que es vuestro padre mi amigo:
alzad. *Bern.* No he de alzarme, digo,
hasta que estampe la boca
en vuestra valiente mano, *Besasela.*
honra de esta Monarquìa.
Cond. Decidme, por vida mia,
teneis acaso otro hermano? *Levantanse.*
Bern. No señor. *Cond.* Vos sois gallardo:

so-

solo sois? *Bern.* Y aun, segun passa,
pienso que sobro en mi casa.
Cond. Y còmo os llamais?
Bern. Bernardo.
Cond. Bernardo? y què no teneis
otro hermano? *Bern.* No señor.
Cond. Y algun page, ò Labrador
en la Aldèa, conoceis
de vuestro nombre? *Bern.* Tampoco.
Cond. Este mi hijo ha de ser, *ap.*
y temo (ay Dios!) que el placer
me mate, ò me buelva loco.
Monz. Este es, señor, Bernardito,
el arrojado, y traviesso.
Cond. Lo peor que tiene es esso.
Monz. El que desde tamañito,
por alentado, y brioso,
con un esquadron de perros
andaba por essos cerros
tràs el javalì, y el osso.
En aquesto se ocupaba,
y quando despues bolvìa,
la caza de todo el dia
à las Zagalas la daba;
sin dexar para su mesa
sola una pluma, señor.
Cond. Esso es de buen cazador.
Monz. Y còmo! de garra, y presa,
que en la Aldèa no ha dexado
moza de buen parecer.
Cond. Què? *Bern.* Señor::-
Cond. Debe de ser
herencia lo enamorado.
Bern. No quieres callar? *Monz.* Ya callo.
Cond. Sus partes son excelentes: *ap.*
ò corazon! nunca mientes:
no me canso de mirallo.
Por què decìs que sobrais,
siendo solo en vuestra casa?
Bern. Señor, lo que en ella passa,
sin provecho averiguais.
Mi padre, cuyo desdèn
juzgo adversion natural,
debe de quererme mal,
pues que no me trata bien.
Cond. Mal os trata? Otro testigo *ap.*
en este mal tratamiento
declara con juramento,
que es verdad lo que yo digo.
No tiene razon el Conde.
Monz. Señor, èl es un Neròn;
y porque en su inclinacion
à su sangre corresponde,
valiente, honrado, y cortès,
oy, con termino inhumano,
le dixo, que era villano.
Cond. Villano? *Monz.* Villano, pues,
y muchas veces villano.
Cond. Viven los Cielos, que miente. *ap.*
Y què hicisteis? *Bern.* Obediente
le besè entonces la mano,
reverenciando el castigo.
Cond. Esso es lo que hacer debeis,
y mientras que assi lo haceis,
sereis mi hijo, y mi amigo.
Bern. Pluguiera à Dios, que aunque quadre
mal esta razon primera,
si padre elegir pudiera,
os eligiera por padre.
Cond. Què decìs? Aunque me aflijo, *ap.*
el corazon me ha passado.
Esso dice un hombre honrado?
(vive Dios, que sois mi hijo.) *ap.*
Un noble assi corresponde?
Bern. Señor::- *Cond.* Vos teneis nobleza.
Bern. Es tan grande su aspereza::-
Cond. Estimad, Bernardo, al Conde,
pues como padre os criò,
que essa es la mayor hazaña.
Bern. Señor Conde de Saldaña,
vuestra hechura serè yo.
Cond. Que no digo esso; sì digo::-
mas quiero dissimular. *ap.*
Al Conde haveis de estimar,
ò no haveis de ser mi amigo:
y con esto, à Dios, Bernardo,
idos con Dios.
Bern. Vuestro soy. *Vase con Monzòn.*
Cond. Sì es mi hijo: por quien soy,
que es alentado, y gallardo.
Sale el Rey.
Rey. Conde? huelgome de hallaros
aqui. *Cond.* Siempre vuestra Alteza
me hallarà tan puntual.
Rey. Vuestro valor, y prudencia
haveis de mostrar aora:
ya sabeis (y es cosa cierta)
que no tengo succession,

ni esperanzas de tenerla.
Cond. Bien sè, que os llaman, señor,
Alfonso el Casto, por esta
profesion. *Rey.* Estadme atento.
Mi hermana Doña Ximena
es Infanta de Leon,
y siendolo, es mi heredera.
Cond. Y dueño del alma mia. *ap.*
Rey. Pues ella imprudente, y necia,
el casamiento reusa,
que tanto estimar debiera,
del Conde de Barcelona:
siendo assi, que por la mesma
razon, que yo lo deseo,
le aborrece, y le desprecia.
Vos haveis de persuadirla
con razones tan atentas,
tan graves, tan eficaces,
tan lucidas, y tan vuestras,
que venga en ello, que à vos
solo fiaros pudiera,
Conde, accion tan singular,
y tan dificil empressa.
Ella ha de salir aqui;
primero que se prevenga,
habladla, Conde, y mirad,
que las mas heroicas prendas
de vuestros servicios grandes,
todas se incluyen en esta.
Cond. Señor::- *Rey.* No me repliqueis,
ella sale, y la obediencia
de hombre como vos, no admite,
ni rèplicas, ni respuestas. *Vase.*
Sale la Infanta Doña Ximena.
Infant. Conde, què pesar es esse?
Cond. Bien pregunta vuestra Alteza,
que como ya por costumbre
se vàn, sin dudar en ella,
à mi casa las desdichas,
en lugar de norabuenas,
se me pregunta esso à mì,
y quien lo pregunta acierta.
Ya no me cogen de susto:
tan hallado estoy con ellas,
que pienso ir à buscarlas
quando en venir se detengan.
Infant. Pues aora que mi hermano
(Dios le guarde) à hacer empieza
tantas mercedes en vos,
y à daros la norabuena
salgo yo, dais al semblante
sobrescrito de tristeza,
sabiendo que es para mì
quanta en vuestros ojos sea?
Cond. Estamos solos? *Infant.* Sì, Conde,
hablad. *Cond.* Mi bien, mi Ximena,
yo fui, por mi mal, dichoso:
ò què costosa experiencia
he hecho, de que las dichas,
si son grandes, no son ciertas!
Quando al sugeto se ajustan,
se gozan, y se celebran;
pero quando son mayores,
ò se ahogan, ò se quiebran,
como higas de azabache,
à quien la embidia atormenta.
El acordado instrumento,
dulce, y regalado suena
con las cuerdas, que en èl caben;
pero no, si sobre aquellas
otras le ponen, que entonces
suena mal, y no concuerda.
Todo esto, señora, he dicho
para explicar, si pudiera,
la pena de ser dichoso,
quien no ser dichoso espera.
El Rey me manda, que os hable:
(ya lo dixe) el Rey me ordena,
(què dolor!) que os persuada
(què tormento!) que os advierta::-
pero para què me canso?
casaros quiere su Alteza
con el Conde. *Infant.* Ya lo sè,
ya lo sè: què cosa nueva
venìs à decirme, Conde?
El de Barcelona intenta
casar conmigo (què engaño!)
mi hermano, que lo desea,
(què locura!) os ha mandado,
que me hableis (gran diligencia!)
Para assentar esta baza,
el Conde pone en la mesa
un Rey (gran carta!) y Amor
en vuestra mano reserva
un triunfo, que aunque es pequeño,
à ganarle se atraviessa.
Viene à morir à mi mano,
alargo yo, con que queda
tan

tan desbaratado el juego
de ſu parte, y de la vueſtra
tan ſeguro, que podeis,
dexandolo por mi cuenta,
dàr varato à los mirones,
y al alma, que lo deſea.
Cond. Ay dueño del alma! y còmo
el temor juſto recela,
què han de decir, que he ganado
con cartas falſas cohechas!
Baraja, que ſon de Amor
fullerìas, aunque inciertas,
porque quando mejor pinta,
el poder las atropella.
Infant. No podràn, Conde, en mi mano.
Cond. Què importa, ſi en mi cabeza
podràn? *Infant.* Pues, Conde, advertid,
que el que en ſu primera esfera
al carro del Sol ſe atreve,
y ſobre doradas ruedas
gira globos de criſtal,
golfos navega de Eſtrellas,
campañas de luz fluctùa,
y rumbo de Aſtros penetra:
aunque deſpues de dichoſo
rayos fulminados ſienta,
duros precipicios llore,
y muertes pàlidas vea;
la gloria de haver llegado
al laurèl, que le deſpeña,
mayor vida le aſſegura,
mayor fama le reſerva.
Morir por mì, nó es deſdicha;
padecer por mì, no es pena;
morid, Conde, pues que yo
por vos muero, y no me peſa.
Cond. Sola eſſa muerte es mi muerte.
Infant. Solo eſſe temor me aqueja.
Cond. Yo sè deſpreciar mi vida.
Infant. Yo sè morir por la vueſtra.
Cond. Pues viva mi amor conſtante.
Infant. Y mi fè inmortal, y eterna:
à Dios, Conde.
Cond. A Dios, Infanta.
Infant. Què ventura! *Cond.* Què terneza!
Infant. Què te vàs? *Cond.* Señora, sì.
Infant. Bolveràs à verme? *Cond.* Es fuerza.
Infant. O quièn ſe viera tu eſpoſa!
Cond. O quièn tu eſpoſo ſe viera!

JORNADA SEGUNDA.

Salen el Conde de Saldaña, el Conde Don Rubio, Bernardo, y Monzòn.

Rub. Oy, ſeñor Conde, quiero,
en ley de Cavallero,
reſtituir la prenda, que ha cauſado
en vos mas guſto, en mì mayor cuidado.
Cond. No es tiempo, Conde, no, por vida mia:
primero haveis de vèr mi corteſìa,
que aunque ayer en Palacio
no me diſteis lugar, quiero de eſpacio,
Conde, que conozcais, que no me olvido
del titulo, y blaſon de agradecido.
Su Alteza (Dios le guarde)
haciendo ayer de ſu grandeza alarde,
me hizo merced: quièn hay que no preſuma
ſerìa de mis mèritos la ſuma?
pero quantos lo vieron ſon teſtigos,
que repartì el favor con mis amigos;
y para vos, que ſin hablarme os fuiſteis
(bien ſabeis, que en aqueſſo me ofendiſteis)
con noble pecho, y con las manos francas,
reſervè la Tenencia de Simancas.
Deſpues, por hijo vueſtro (Dios lo ſabe)
le dì à Bernardo la dorada llave,
porque quedaſſen (eſto es lo que paſſa)
ambos oficios, Conde, en vueſtra Caſa;
y aſsi, de entrambos ſiento,
que me debeis igual conocimiento:
sì bien, quando mi amor, y amiſtad toco,
aun mucho mas ſe me parece poco.
Bern. Hay tal valor!
Monz. Què dices? què reſpondes?
vive Dios, que es el Conde de los Condes,
el Proto-Conde, el Archi-Conde digo,
y aun el Tataraconde de ſu amigo:
mas llamaſe Don Sancho,
nombre, q̃ à todo el mundo le viene ancho,
y aun ſi otro mundo huviera,
en un Don Sancho pienſo que cupiera.
Rub. Conde, yo la merced os agradezco;
mas quando por mì miſmo la merezco,
no me eſtà bien (ya, Conde, ſe conoce)
que por agenos mèritos la goce:
nunca por mano agena
hay merced, ni Tenencia, que ſea buena;

dadla à otro amigo, que yo tengo indicios,
q̃ el Rey me harà merced por mis servicios.
Y en quãto à la merced deGentil-Hombre,
que os diga, no os assombre,
puesto que la merezca,
queBernardo està aqui,que os la agradezca;
que yo no me condeno
à agradecer el beneficio ageno.

Bern. Señor::- (hay mas notable desvarìo!
ageno llama el beneficio mio.) *ap.*

Monz. Amistad bien pagada! tù has nacido
de un padre por extremo agradecido:
què mas decir pudiera,
si algun pesar el Conde le trajera?

Cond. Jamàs, Conde, pensàra
de vos, que bolvierais à la cara
con tanta ingratitud, con tanto enfado,
las mercedes, que os traigo, y he aplicado:
mas si poco os parece
(claro està, vuestra Casa mas merece)
para vos reservè, para vos guardo,
como la de Bernardo,
plaza de Gentil-Hombre (digno oficio
de un señor como vos) con exercicio
en Palacio, sirviendo juntamente
lo de Simancas por algun Teniente.
Vuestra condicion templad estraña,
que es buen amigo un Conde de Saldaña,
y serviros espero.

Rub. Ni esso, ni essotro, ni ninguno quiero,
ni me admireis esquivo,
que la merced, que es de èl, no la recibo;
ya quando llega à mì, tan otra viene,
que mas de enfado, que de gusto, tiene.

Bern. Es possible, señor, que quando el Conde
tan noble, y tan leal te corresponde,
con ingratas porfias
desprecias sus mercedes, y las mias?
Essa es correspondencia
digna de la amistad de su Excelencia?
De ingrato te condenas:
vive Dios, que la sangre que en mis venas
conservo tuya, aora me sacàra,
y por no la tener, la derramàra,
si de ella presumiera,
que hacerme ingrato alguna vez pudiera.
Pero no lo serè, porque te advierto,
con rostro descubierto,
que si à ser su enemigo te apercibes,
y la merced por esso no recibes,
de la razon llevado,
me has de hallar de su parte, y à su lado
hasta perder la vida,
que por èl la darè por bien perdida:
quadrete, ò no te quadre,
que es la razon primero, que mi padre.

Cond. Bernardo, què es aquesto?
vos assi descompuesto?

Monz. No has andado,
vive Dios, en tu vida mas honrado.

Rub. Yo no me espanto de que assi me trates,
que en essos, que parecen disparates,
de derramar tu sangre sin rodèo,
la diferencia de tu sangre veo;
y assi, en nada me aflijo,
que ni tu padre soy, ni tù eres mi hijo. *Vase.*

Cond. Conde amigo, esperad: yo estoy perdido.

Bern. Dexele Vuecelencia, pues se ha ido,
que èl me dirà despues, à fè de honrado,
si no es mi padre, quièn el sèr me ha dado;
y de que no lo sea no me pesa,
que ingratitud tan barbara como essa,
ni puede darme calidad, ni fama.

Cond. O quànto el noble natural le llama! *ap.*
pero aqueste traidor, que sabe todo
mi secreto, pretende de este modo
descomponerme, y acabar mi vida.
Ay, bellissima Infanta, que perdida
te lloran ya mis ojos! *Llora.*
mas que mi pena, siento tus enojos.

Bern. Vuecelencia llorando! què es aquesto?
vos, señor, tan humano, y tan modesto?

Cond. Bernardo, de un Filosofo se cuenta,
que mirando un ingrato, en quien se afrenta
naturaleza toda, tiernamente lloraba,
por vèr si su dureza se ablandaba.

Bern. Vive el Cielo, señor, que de esse llanto
me he enfurecido tanto,
que al que assi le provoca,
con las manos sangrientas, con la boca
despedazar quisiera.

Cond. Su misma sangre su valor altera. *ap.*
Este llanto, estas lagrimas piadosas,
son en mi amor forzosas,
viendo, que el Cielo ha dado
un hijo noble à un padre desgraciado;
à un sucesso dichoso
la malicia cruel de un ambicioso;

à

à un debido recato
la verdad mal ſegura de un ingrato;
y al fin, à un delincuente
un mal vecino, que le juzga auſente:
deciros mas no puedo,
q ay mucho q decir, y es mucho el miedo.
Vaſe el Conde, y detienele Bernardo.
Bern. Vuecelencia, ſeñor, me diga aora
lo que ſabe de mì, que quando llora
tanto hombre, tanto sèr, tanta nobleza,
de amor es, vive Dios, no de flaqueza.
Cond. Què ſabeis vos lo que en mì
puede haver? *Bern.* Debo creer,
que flaqueza no ha de haver
en quien tanto valor vì.
Cond. Hombre ſoy, y flaco he ſido,
pero fue flaqueza honrada.
Bern. Eſſo no es decirme nada,
ſeñor, de lo yo os pido.
Cond. Podrè callar? ſerà tanta *ap.*
mi entereza con èl? Sì,
que aqueſto importa (ay de mì!)
al pundonor de la Infanta.
Quedaos, Bernardo, con Dios.
Bern. Confuſo, al fin, me dexais?
Cond. Padre teneis, què os quejais?
no es el Rey mejor que vos. *Vaſe.*
Bern. Confuſo, y de horror lleno
me dexa el Conde (què mortal veneno!)
mi padre reſpiraba,
que igualmente cauſaba
con deſigual eſpanto,
iras en mis ojos, y en los ſuyos llanto.
Monz. Yo, ſeñor, lo que de uno, y otro infiero
es, que el Conde es honrado Cavallero;
de tu padre no sè lo que me diga,
porque no ſiempre obliga
la chanza; mas conforme à lo que arguyo,
me quemen, ſi Don Rubio es padre tuyo.
Bern. Pues padre ha de tener eſte Bernardo.
Monz. Eſſo es fuerza.
Bern. Y mi eſpiritu gallardo,
mis penſamientos, y mi heroico brio
me aviſan de que es noble el padre mio.
Monz. Yo no sè lo que en eſto mas te quadre:
mas por ſalir de un padre,
que Don Rubio ſe llama,
me diera yo à partido, y con el ama
general concertàra,
que hijo de la piedra me llamàra.
Bern. Vèn, Monzòn, q del Conde los enojos
me han obligado à enternecer los ojos.
Vanſe, y ſalen la Infanta, y Sol, Dama.
Sol. Es por extremo bizarro.
Infant. Refierenme tantas coſas
de èl, que le imagina el alma,
no como prenda tan propia,
ſino como ya perdida,
y que de nuevo la cobra.
Sol. Pues ya en tu preſencia eſtà.
Infant. Ayudadme, Sol, aora,
que de improviſo un contento
mal ſe encubre, y ſe reboza.
Salen Bernardo, y Monzòn.
Sol. Lo que he de decir me advierte.
Infant. Obligale à que reſponda:
hablale, Sol, por tu vida.
Bern. Monzòn, en tanta congoja,
què puedo hacer? *Monz.* Divertirla
con la Infanta mi ſeñora,
y con Doña Sol. *Bern.* A un triſte
aun el miſmo Sol le aſſombra.
Sol. Hà Cavallero, ſois vos
Bernardo? *Bern.* Yo ſoy, ſeñora,
Bernardo, y criado vueſtro.
Sol. Eſtamos muy cuidadoſas
las Damas de conoceros.
Bern. Paſſe eſta vez por liſonja:
yo puedo coſtar cuidados?
Sol. Y muchos. *Monz.* Què ſocarrona! *ap.*
Sol. Dicen que ſois muy brioſo.
Bern. La ſoledad ocaſiona,
aun en muy cortos alientos,
reſoluciones heroicas:
porque la caza, y el monte
ſon una abreviada copia
de la guerra, y ſiempre en ella
logrè felices victorias:
mas què mucho, mas què mucho,
ſi las alcanzan à todas,
en fè de que à ſer mayores
oy à eſſas plantas las ponga?
Infant. Y eſſe eſtilo no es de amante?
Bern. Vueſtra Alteza no me corra,
que aunque Aldeano, bien sè
la obligacion que me toca
de reverenciar ſu nombre.
Infant. Ay Sol! què mal ſe reboza *ap.*
una

una pafsion tan del alma!
Bern. Pondrè en fus plantas mi boca.
Infant. Galàn fois. *Bern.* Ya lo ferè,
fi vueftra Alteza me abona,
que es nueva naturaleza
en los Principes las honras.
Infant. Y effe eftilo no es de amante?
Bern. Con diftincion sì, feñora.
El foberano refpeto
debido à vueftra perfona,
à una parte, y el afecto
amorofo en Sol à otra:
aquel es amor fagrado,
que à reverenciar provoca;
y èfte es amor mas humano,
que abrafa, pero no affombra,
que obliga, pero no efpanta.
Infant. Bafta, Sol, que te enamora:
cortefano es el rapàz; *ap.*
de verle el alma fe goza.
Monz. Si vueftra Alteza pretende,
que la refiera fus cofas,
yo folo puedo, que foy
coronifta de fu hiftoria.
No ha vifto en fus pocos años
mas fuerte brazo la Europa:
rompe en el aire una lanza,
quando, blandiendola, dobla
los dos opueftos extremos,
que acerados hierros gozan.
A la mas robufta encina,
que effa montaña corona,
abrazado al firme tronco,
la desbarata, y deshoja.
Si le viera vueftra Alteza
luchar con firmeza, borra
la noticia del Tebano,
poetica, y fabulofa.
Danza, y baila airofamente,
giradas, y cabriolas
como peonas las tege,
como un repollo las forma.
Es cortès, y agradecido,
fus liberales, y ampliofas
manos exceden, por Chrifto,
al pafmo de Macedonia.
Habla bien en las aufencias,
por la razon fe apafsiona;
y al fin::- *Bern.* Bafta, bafta, necio,
que alabanzas tan ociofas
me ofenden. *Infant.* Què fabeis vos,
fi hay quien con gufto las oiga?
Bern. No ferè yo tan dichofo.
Infant. Ya, por lo menos, te toca
hacerle, Sol, un favor.
Sol. Si vueftra Alteza me otorga
la licencia, fi lo harè.
Bern. Llorarà perlas la Aurora
zelofa de vèr que el Sol,
en mas flamante carroza,
por favorecerme indigno,
olvida la verde pompa
de las flores, que la efperan
ya coronadas de aljofar.
Infant. El es galàn, y entendido. *ap.*
Sol. Efta vanda reconozca
Dale una vanda.
en vueftro pecho à fu dueño.
Bern. Serà la abrafada Zona,
donde mis fentidos ardan
al Sol de vueftras memorias.
Infant. En èl confidero al Conde, *ap.*
tan viva fu imagen copia,
que ni lo amorofo miente,
ni lo bizarro perdona.
Bern. Gran dicha, Monzòn, gran dicha!
Monz. El Embaxador, feñora::-
Bern. Ha, pefe al Embaxador, *ap.*
y a quien fu embaxada apoya.
Monz. Con el Rey hablando viene,
y con tu padre. *Bern.* Eftas bodas
me canfan, y por no verlas
me voy: perdonad, feñora.
Sol. Yo tambien, fi vueftra Alteza
gufta de quedarfe fola.
Bern. Aqui un Efcudero aguarda.
Sol. Aqui una efclava fe poftra.
Vanfe Sol, Bernardo, y Monzòn, y fale el Rey leyendo un papel, Don Gaftòn, y Don Rubio.
Rub. Ya no es pofsible callar
en llegando à efta ocafion.
Rey. Conde, tan grande traicion
el Cielo ha de caftigar,
y en mì lo fuera engañar
al Conde de Barcelona,
cuyo amor, cuya perfona
no merece, aunque lo intenta,
que

que yo le embie una afrenta,
quando eſpera una Corona.
Gaſt. Supueſto, que vueſtra Alteza
reſoluciones ignora,
y la Infanta mi ſeñora
oye con tanta aſpereza
mi Embaxada, à ſu grandeza
ſuplico, y à vos, ſeñor,
deis licencia::- *Rey.* Què dolor! *ap.*
Gaſt. Para poderme partir.
Rey. Don Gaſtòn::- *Gaſt.* Eſto es cumplir
las leyes de Embaxador.
Rey. Bien ſabe el Cielo, que ſiento
del Conde el peſar, y fio,
que ha de ſer mayor el mio,
que ſu juſto ſentimiento:
por aora el caſamiento
no es poſsible que aſſenteis;
eſto al Conde le direis.
Infant. El gozo apenas reſiſto. *ap.*
Gaſt. Siempre en vueſtro pecho ha viſto,
ſeñor, que merced le haceis.
Rey. Querrà el Cielo que algun dia::-
Gaſt. Ya, ſeñor, es eſcuſado,
que mi dueño me ha mandado
dexe tan juſta porfia:
orden expreſſa me embia
para partir, oy lo harè,
pues ya para hacerlo sè,
que me ofrece en ſu triſteza
licencia, y mano ſu Alteza,
y vos el invicto pie. *Vaſe.*
Rey. Aqui importa, Conde amigo,
la prudencia, y el engaño: *ap.*
gran remedio à grande daño,
à gran traicion gran caſtigo.
Infanta, hermana, oy conſigo
la quietud que pretendì;
alegraos, no eſteis aſsi:
baſta, dexad la triſteza.
Infant. Guarde Dios à vueſtra Alteza,
ſeñor, mas años que à mì.
Rey. Pudierais haverme hablado,
pues que vueſtro hermano ſoy,
y la Embaxada de oy
ya ſe huviera dilatado:
conoces eſte firmado,
y encarecido papel? *Dale el papel.*
Infant. Ay Dios! muerta ſoy! En èl,
ſeñor, mi delito veo,
mi muerte, y tu enojo leo:
hà traidor Conde! hà cruel! *ap.*
Rey. Què te alteras? dexa el miedo.
Infant. Temo, ſeñor, tu rigor.
Rey. Suſpende aora el temor.
Infant. Còmo en tu preſencia puedo?
Rey. Como tu hermano procedo.
Infant. Como culpada te miro.
Rey. De nada, Infanta, me admiro.
Infant. Eſtoy muerta, eſtoy ſin mì.
Rey. Deſahogate, habla, dì.
Infant. Oye, deſpues de un ſuſpiro.
Valeroſo Alfonſo el Caſto,
cuyo nombre has merecido
por la integridad que gozas,
por la pureza que embidio:
Hermano, Rey, y Señor,
ſi con el nombre te obligo
de hermano, con el de Rey
te ſolicito el caſtigo,
con el de Señor te ofendo,
con el de Caſto te irrito,
que quien no ſabe de amor,
aborrece ſus delirios.
Pero no me atiendas Caſto,
hermano, atencion te pido,
porque con menos venganza
llegue el perdon al delito.
Yo mirè (terrible trance!)
yo eſcuchè (cruel martirio!)
yo quiſe (què deſacierto!)
yo amè (què gran deſvario!)
à un hombre: bien digo, hombre,
ſi es cierto, que entre infinitos
èl ſolo puede ſer hombre.
Quiſe al Conde (ya lo he dicho)
quiſe al Conde de Saldaña:
ſu perſona ya la has viſto,
ſu nobleza ya la ſabes,
ſu valor ya es conocido,
ſu diſcrecion ya es notoria;
pues què inexpugnable riſco
no ſe hunde, no ſe abate,
ſi le embiſten atrevidos
perſona, valor, nobleza,
diſcrecion, gala, y cariño,
y mas, quando es el Amor
de eſtos Soldados caudillo?

Yo

Yo me rendì, no ſoy piedra;
yo me humillè, no ſoy riſco;
quiſele bien, ſoy muger:
ò quànto en eſto te he dicho!
Bernardo, ſeñor, Bernardo
es tu ſobrino (bien digo)
el Conde quien te ſoborna
con tan heroicos ſervicios:
yo tu hermana, y èl mi eſpoſo.
Cuñado, hermana, y ſobrino
à tus pies piden la muerte,
y yo por todos la pido,
que como la mas culpada,
buſco mayores caſtigos. *Arrodillaſe.*

Rey. Ximena, à mis brazos llega,
que aunque ſea juſto el temor,
ſoy tu hermano, y sè que Amor
deslumbra, confunde, y ciega:
que aunque de amor no he ſabido,
ſus miſterios no he ignorado,
que ya, Ximena, han llegado
al alma por el oìdo;
y sè que de ſus miſterios
lloraron fatales dias
abraſadas Monarquìas,
y aun arruinados Imperios.
A perdonaros me obligo,
y al Conde he de perdonar,
pues ya no puedo eſcuſar
el daño con el caſtigo:
que aunque tan mal correſponde
ſu lealtad à ſu nobleza,
he meneſter ſu cabeza:
vivid vos, y viva el Conde.
Retiraos, y haſta que ſea
vueſtro eſpoſo, como aguardo,
no os dexeis vèr de Bernardo,
ni el Conde, Ximena, os vea,
que me enojarè con vos,
ſi sè que le haveis hablado
haſta haverſe deſpoſado.

Infant. Mil años os guarde Dios. *Vaſe.*

Rey. De buen tercero fiaba *ap.*
reducir la voluntad
de la Infanta; con lealtad
la hablarìa, quando hablaba
del Conde de Barcelona:
quièn duda que alli ſerìa,
entre la ſuya, y la mia,
preferida ſu perſona?

Rub. Aora, Infanta, me vengo *ap.*
de aquel tu deſdèn prolijo,
en tì, en el Conde, y tu hijo.

Rey. Ira, y còlera prevengo.

Rub. Què pienſas hacer? *Rey.* Si vos,
Conde, ayudais mi eſperanza,
Leon verà en mi venganza
el caſtigo de los dos.

Rub. Y no dices del baſtardo?

Rey. No, Conde, que èl no naciò
culpado, ni tengo yo
queja alguna de Bernardo:
ayudele ſu fortuna;
al punto hareis deſpachar
un Corrèo, que à llevar
parta al Caſtillo de Luna
eſte aviſo, y eſte pliego.

Rub. Luego à obedecerte voy.

Rey. Tan ciego en còlera eſtoy,
que aun es tarde, ſiendo luego.

Rub. El Conde viene. *Rey.* Eſperad,
diſsimulad advertido.

Sale el Conde de Saldaña.

Cond. O què mal aguero ha ſido *ap.*
de eſte encuentro la mitad!

Rey. Conde, dos dias cabales
ſin verme? tanto rigor
no lo merece mi amor.

Cond. Beſo vueſtros pies Reales
por favor tan ſeñalado,
que para mì el daño ha ſido,
pues eſſe tiempo he perdido
de vivir, que os he faltado.

El Conde es noble en efeto: *ap.*
yo pensè mal, y ofendì
ſu lealtad, pues preſumì,
que revelàra el ſecreto.

Rey. Ya en efecto ſe partiò
el Catalàn deſpachado.

Cond. Nadie à ſentir ha llegado
ſu diſguſto, como yo.

Rey. De vueſtra lealtad lo creo.

Cond. Ser guſto de vueſtra Alteza,
pudo hacer en mi nobleza
mas afecto del deſeo.

Rey. Conozco vueſtra intencion,
y eſtoy de vos ſatisfecho;
y pues ſabeis de mi pecho

la noble resolucion,
y el deseo que he tenido,
al Catalàn corresponde,
aunque ya embiaba al Conde,
en viendoos me he arrepentido;
porque sè quanto valeis,
y que activo, y cortesano,
me disculpareis hermano,
y Rey me disculpareis.
Partid, Conde, por mi vida,
y sea con presteza tanta
vuestra buelta, que la Infanta
no entienda vuestra partida,
porque à ella haveis de echar
toda la culpa. *Cond.* Señor,
(aquesto es lo que à mi amor *ap.*
mas bien le pudiera estàr)
irè, señor, y vereis
mi mayor lealtad sirviendo.
Rey. Por vida vuestra, que entiendo
esso mismo que entendeis:
dadle, Conde, porque parta,
esse pliego. *Dasele al Conde.*
Cond. Gran fortuna!
Rey. En el Castillo de Luna
dad à su Alcayde essa carta,
y passad vuestro camino.
Cond. Serè, en lenguage Español,
un rayo de vuestro sol,
que à Barcelona fue, y vino. *Vase.*
Rub. Quien lo entendido, y prudente
busca, en tu valor lo vea.
Rey. El mismo quiero que sea
el ministro, y delincuente.
Salen Bernardo, y Monzòn.
Bern. Yo vengo determinado.
Monz. Què decis? *Bern.* Esto conviene:
quien padre, Monzòn, no tiene,
oficio no tenga honrado.
Rey. Pues Bernardo? *Bern.* A V. Alteza
llego, señor, ofendido
de haver al mundo nacido
sin valor, y sin nobleza.
El Conde Rubio, à quien yo
padre he llamado hasta aqui,
enojado contra mì,
que no lo es me confessò.
Y aunque à enojo, y sequedad
puedo haverlo atribuido,
en lo mal que me ha querido
reconozco que es verdad.
De villano me ha tratado,
y ya veis que no conviene,
que aquel que padre no tiene,
viva en Palacio afrentado.
Que es molesto, è importuno,
señor, à quantos le vèn,
quien padre no tiene, quien
naciò hijo de ninguno.
Vos me ceñiste la espada,
essa yo la guardarè,
porque en quanto à mì, yo sè,
que està muy bien empleada.
Mas hasta que al mundo assombre
con ella, me haveis de dàr
licencia para dexar
la plaza de Gentil-Hombre.
O manda con soberano
imperio, pues à vos vengo,
que diga el padre que tengo,
ò sea noble, ò sea villano.
El Conde està aqui, èl lo sabe,
èl lo publica, y lo dice,
si nacì tan infelice,
no quiero oficio tan grave.
Que no es bien dàr ocasion,
à que un hidalgo entonado
me diga, que con mi lado
se afrentan los que lo son.
Porque quando en esto me halle,
aunque esteis presente vos,
lo arrojarè, vive Dios,
por un balcon à la calle.
Monz. Esto con muy linda gala,
saldrà à la calle violento,
como pelota de viento,
despedida de la pala.
Rey. Què valiente! què discreto! *ap.*
lastima tengo, y amor,
èste efecto del amor,
y aquel de la sangre efecto.
Conde, hicisteis mal, por Dios,
en tratar con aspereza
à quien para su nobleza
no os ha menester à vos.
Rub. Licencia tiene, señor,
quien como yo le ha criado,
para mostrarle enojado

severidad, y rigor.
Que su condicion es tal,
que si blandura sintiera,
en desbocada carrera
se precipitàra al mal.
Rey. No sois villano, Bernardo,
que aunque al Conde no debeis
el sèr, nobleza teneis
de espiritu tan gallardo.
Quando os armè Cavallero,
y el de Saldaña os jurò,
ni èl os conociò, ni yo
supe à quien ceñi el acero.
Ya lo sè, una sangre alienta
la nobleza de los dos,
quien os afrentàre à vos,
à mì, Bernardo, me afrenta.
Mi sobrino sois, y asi,
por escusar de esse excesso,
en pùblico lo confiesso:
sed Gentil-Hombre por mì.
Ninguno es en toda España
mas noble, estimad mejor
el oficio, y el valor,
que os diò el Conde de Saldaña,
para que la embidia necia
vea, y llore de camino,
que un Rey os llama sobrino,
quando hijo un Conde os desprecia.
Bern. Ya, señor, que de honras tales
me habilitais cuerdo, y sabio,
puesto el generoso labio
sobre vuestros pies Reales,
os pido, suplico, y ruego,
permitais, que sepa yo
el padre, que el sèr me diò.
Rey. Esto no ha de ser tan luego.
Bern. Mayores ansias me dàn,
señor, mientras mas aguardo.
Rey. Mi sobrino sois, Bernardo,
y aora no sepais mas.
Vamos, Conde, por traidor
declaro al que descubriere
à Bernardo, sea quien fuere,
quien es su padre. *Rub.* Señor,
secreto sabrè guardalle.
Rey. Esto à mi servicio importa.
Bern. Què sea mi dicha tan corta! *ap.*
Monz. No es sino larga de talle:
albricias debieras dàr,
si ya no es que codicias
ahorrarte las albricias,
pues yo las he de cobrar.
Bern. Que hijo al fin yo no nacì
del Conde Don Rubio? *Rey.* No.
Bern. Quièn lo verifica? *Rey.* Yo.
Bern. Soy vuestro sobrino? *Rey.* Sì.
Bern. Pues lo demàs que callais
algun dia lo sabrè,
que ilustre mi padre fue,
pues sobrino me llamais:
solo falta, que la mano
me deis. *Rey.* Los brazos os doy.
Monz. Item mas. *Rey.* Què?
Monz. Que desde oy
no le trate de villano
el Conde Rubio, pues ya
serà fuerza que confiesse,
que es delito, y crimen esse
de sobrino::- *Rey.* Bien està.
Monz. Item, pues desde este dia
es sobrino despadrado,
haya quien tenga cuidado
de su bocolica, y mia.
Item::- *Rey.* Hay mas desatinos,
Monzòn? *Monz.* Que en el cartapacio
de las Damas de Palacio
nos traten como sobrinos.
Item::- *Rey.* Otra? *Monz.* Esta es inmensa,
que todo aqueste arancèl
guarden conmigo, y con èl
botilleria, y despensa. *Vanse.*
Sale el Conde de Saldaña de camino.
Cond. Con tanta priessa he venido,
y con tanta he de passar,
que el camino ha de dudar
si he bolado, ò si he corrido.
Pedirèle alas al viento;
mas seràn torpes, y malas,
que no he menester sus alas,
si voy en mi pensamiento.
Y mas quando en esta calma
el Sol, que ilumina el dia,
leves suspiros me embia
por mensageros del alma.
Mas pues no puedo escusar
el poner en propia mano
esta carta, al Castellano

de

de Luna quiero llamar.
Què notable Fortaleza!
què bien murado Castillo!
què desplomado rastrillo!
què almenage! què grandeza!
què dificultosa entrada!
Apenas la herrada puerta
se permite al Sol abierta;
parece estancia, y morada
del miedo: à horror me provoca.
Mas con regalado acento *Tocan dentro.*
tocar oigo un instrumento:
no toca mal quien le toca.

Cant. Contento, àzia dònde estàs?
que el mundo todo te adora,
por hallarte, quien te ignora,
quien te halla, porque te vàs.

Cond. A quièn (ay Cielo!) no espanta
vèr, que al contento oportuno
jamàs le tiene ninguno?
què bien dice! què bien canta!
Siempre el contento faltò,
siempre en su sombra se ofusca:
quien no le tiene, le busca;
quien le tuvo, le perdiò.

Cant. Forman de tì sentimiento
humildes, y poderosos:
si à todos tienes quejosos,
por què te llaman contento?
Contra tì es claro argumento,
quando caminando vàs,
lo incierto que siempre estàs
llorando, quando te adora
por hallarte, quien te ignora,
quien te halla, porque te vàs.

Cond. Vive Dios, que ha suspendido
mi alma esta voz: ò quànto
à la dulzura del canto
se persuade el oìdo!
Què inconstante es la fortuna!
què de por vida el pesar!
mas quiero llamar, y entrar:
Hà del Castillo de Luna.

Por lo alto del Castillo el Alcayde.

Alcayd. Quièn llama?

Cond. Quien irse luego
pretende; abrid, Castellano,
porque ponga en vuestra mano
del Rey de Leon un pliego.

Alcayd. Que vuestro nombre me deis
espero. *Cond.* Milicia estraña!
el Conde soy de Saldaña.

Alcayd. Suplìcoos que perdoneis.

Cond. Nunca el orden se condena:
abrid, Alcayde, el Castillo.

Entrase el Alcayde.

Alcayd. Ya han levantado el rastrillo,
entrad, Conde, en hora buena.

Cond. Voy à entrar, y el corazon
me dice: Jesus, què engaño!
què discurso tan estraño!
què fantastica ilusion!
Entrarè, ò darè la carta
sin entrar? terrible puerta!
O quànto el temor dispierta
quien de su lealtad se aparta!
Ay Infanta de mi vida!
si à verte no bolverè?
parece que en cada pie
tengo una Montaña asida.
Si el Rey::- mas esto es locura,
mortal parece que estoy,
y que por mi pie me voy
entrando en la sepultura.
A resolverme no acierto,
temeroso, y discursivo,
quando discurro, estoy vivo,
quando inmovil, estoy muerto.
Ya es fuerza, que me resuelva
à la obediencia importuna:
entro al Castillo de Luna,
plegue à Dios, que à salir buelva.

Entra, y salen el Alcayde, y Soldados.

Alcayd. Con orden del Rey, sin duda,
viene el Conde. *Sold.* Què serà?

Alcayd. Ella misma lo dirà,
que obra ciega, y habla muda:
salir quiero à recibillo. *Sale el Conde.*

Cond. Bien lo podeis escusar,
Alcayde. *Alcayd.* Oy tiene de honrar
Vuecelencia este Castillo.

Cond. Es impossible, que passo
muy de priessa à Barcelona
à cosas de la Corona;
y como esta Fuerza es passo,
me mandò el Rey, que este pliego
os diesse: abrirle podeis, *Dasele.*
porque vos lo executeis,

y porque yo parta luego:
queͅ he de bolver à Leon
tan aceleradamente,
que dude si he estado ausente
la mas curiosa atencion.
Alcayd. Conde. *Cond.* De què os admirais?
Alcayd. De que el Rey lo que decis
no escribe, y de que venìs
mas de espacio, que pensais.
Cond. Còmo? què pudo escribir?
Alcayd. El Rey::- escuso el decillo;
Soldados, echad el rastrillo,
que el Conde no ha de salir:
leed, Conde, estos renglones. *Dasele.*
Cond. Primero, Alcayde (ay de mì!)
con el alma los leì.
Alcayd. Prevenid luego prisiones.
Cond. O què bien agradecido *ap.*
os he de estàr, corazon!
vuestras profecìas son
tan ciertas, como èsta ha sido.
Và uno por la cadena.
Mas porque de verdadero
os canonicen, y crean,
lean los ojos, y crean
lo que vos visteis primero.
Lee. *Alcayde del Castillo de Luna, luego que haya llegado el Conde de Saldaña con este, ù otro Despacho, le sacareis los ojos, y le pondreis en la mas obscura prision del Castillo.* Yo el Rey.
Llegasteis, desdichas mias,
mas no hicisteis mucho, no,
si os ayudò el Rey, y yo
traigo las cartas de Urìas.
Prendiòme el Rey, bien pudiera
templar conmigo el rigor;
mas quien no sabe de amor,
achaques tiene de fiera.
De nada tanto me aflijo,
aunque mas penas aguardo,
como de que à mi Bernardo
le encubrì que era mi hijo.
Hà Rey! cautelas, y engaños
à tu prision me han traìdo,
sepultando en el olvido
servicios de tantos años:
vive Dios, que me provoco.
Alcayd. Ya, Conde, no es tiempo de esso,
considerad, que estais preso.
Cond. Perdonadme, que estoy loco.
Alcayd. A un Soldado de los dos
entregad la espada luego.
Cond. A vos, Alcayde, os la entrego,
y harto hago en darosla à vos;
y tratadme con decoro,
que aunque preso, soy quien soy,
y en aquesta espada os doy
muchas victorias del Moro,
que al Rey, mi señor, le he dado,
escrita con sangre roja
en el libro de una hoja
de esse acero desgraciado.
Alcayd. Prevenid una cadena. *Ponesela.*
Cond. Yo os agradezco el rigor,
que un prisionero de Amor
à estos hierros se condena.
Alcayd. Prisiones de enamorados
siempre son graves prisiones.
Cond. Son de oro los eslabones,
y por esso son pesados;
y que me saqueis los ojos
tambien he de agradecer,
por tener mas que ofrecer
al dueño de mis enojos.
Ay, divina Infanta mia!
los ojos mi amor te ofrece,
para que mi noche empiece
donde se acabò tu dia.
Alcayd. Apelad al sufrimiento,
Conde, que à esso se dispone
aquel, que atrevido pone
sobre el Sol su pensamiento.
Cond. Vamos, ojos, al crisol
de amor os he de entregar:
quien al Sol pudo mirar,
no buelva à mirar al Sol.
En obscuridad, y espanto
quedais: y pues para vèr,
ojos, no os he menester,
ciegos bastais para el llanto.
Alcayd. Què lastima! què dolor!
Cond. Muera assi quien no recela
de un sabio Rey la cautela,
y la embidia de un traidor.
Pero en efecto, aunque mas
la embidia sea contra mì,
la gloria, que merecì,

no podrà borrar jamàs.
Ni el Rey, ni el mundo podràn
reducir à eterno olvido
lo que ya una vez ha ſido;
quede ciego, quede en calma
quien goza tales deſpojos,
porque le ſalga à los ojos
la calentura del alma.
Pues, ojos, dejaos cegar,
que ya la fama reſponde:
Aqui tuvo fin el Conde:
què deſdicha! què peſar!

JORNADA TERCERA.

Salen el Rey, Don Rubio, y acompañamiento.

Rey. Agradecido os eſtoy,
Conde Don Rubio, al aplauſo,
y grave recibimiento,
que ayer, generoſo, y franco,
hiciſteis à mi ſobrino
Bermudo, à quien he llamado
para hacerle mi heredero.
Aſsi me vengo, aſsi trato *ap.*
de hacer mas grave el caſtigo,
mas penoſo, y mas peſado
en mi injuſta hermana. *Rub.* Ha ſido
digna eleccion de un Rey Caſto.
Rey. Verdad es, que con la pena,
y el enojo, atropellando
la còlera à la razon,
del primer furor llevado,
tambien ofrecì lo miſmo,
Conde, al Francès Carlo Magno:
la reſpueſta ha diferido,
no sè ſi querrà aceptarlo.
Rub. Viendo, ſeñor, que ya tienes
heredero, ſerà agravio
de la Nacion Eſpañola.
Rey. Hermana, pues cauſa has dado
à eſta accion, bien es la veas,
para hacer mayor tu llanto,
con la eleccion de Bermudo,
que han de jurar mis vaſſallos.
Rub. Ya conoces mi lealtad.
Rey. En què ſe ocupa Bernardo?
Rub. Rompiendo lanzas eſtà
en el Parque de Palacio.
Rey. Bien eſtà, ocupenſe en eſſo
ſus penſamientos bizarros.
Rub. Ya la Infanta, con ſus Damas,
y Bermudo, acompañado
de la Nobleza, han venido.
Rey. Bolved la ſilla, que en acto
como eſte, quiero que ſirva
à mi grandeza, y ſu eſpanto,
con la cortina de Aſturias
todo el dosèl Caſtellano.

Sientaſe el Rey, y vaſe Don Rubio, tocan caxas, y ſale la Infanta por una puerta, y por la otra Bermudo muy galàn, y acompañamiento, y hacen reverencia al Rey.

Rey. Tomad aſsiento, Bermudo:
Doña Ximena, ſentaos.
Berm. Primero, ſeñor, primero,
pues de Aſturias he llegado
à veros, dareis licencia
para que os beſe la mano.
Infant. La miſma licencia os pido.
Berm. Ya la eſpero. *Infant.* Ya la aguardo.
Rey. Tiempo havrà para eſſo, haced
aora lo que yo mando. *Sientanſe.*
Bien sè, Bermudo, bien sè,
que eſtrañareis el llamaros
tan aprieſſa, no ſabiendo
la cauſa para que os llamo.
Berm. Tu carta, ſeñor, me dieron
en Cobadonga, y fue tanto
mi alboroto, que partì
con ſolo veinte Hijoſdalgo,
que me eſtaban aſsiſtiendo,
y ſobre el miſmo Cavallo
en que andaba à caza.
Dentro Bernardo. Abrid,
que para mì no hay cerrado
cancèl, ni cerrada puerta.

Sale Bernardo con una lanza, y Monzòn armado lo mejor que pueda.

Bern. En la forma que me hallaron
las nuevas de eſte ſuceſſo,
vengo, ſeñor, à Palacio
canſado de romper lanzas,
mas no de ſervir canſado.
Hecho un herizo de puntas
queda el Faquì, tres Cavallos
he rendido, y treinta lanzas,

en

en desmentidos pedazos,
subieron à ser centellas
entre los ardientes rayos
del Sol, bolviendo despues
pàlida ceniza al campo.
Alteranse, y se levanta Bermudo.
Rey. Bolveos à sentar, Bermudo,
no os altereis, que Bernardo
armado os dà el parabien,
y el bien venido os dà armado:
vive Dios, que le ha temido. *ap.*
Berm. Si acaso es èste el bastardo? *ap.*
por cierto, que es lindo mozo,
y por extremo bizarro.
Bern. No me habla el tal Bermudo? *ap.*
pues yo tampoco le hablo.
Guarda esta lanza, Monzòn. *Dasela.*
Monz. Vive Christo, que han temblado,
y que pensaron, sin duda,
que entrabas à lancearlos.
Bern. Vuestra Alteza me permita,
que à un hombre, que importa tanto
en tu presencia, eche menos:
Còmo, si aqui se han juntado
para accion tan grande, falta
el mayor de tus vassallos,
el mas noble, el mas leal,
el mas valiente, y bizarro,
el gran Conde de Saldaña?
Rey. Està ausente, y ocupado
en cosas de mi servicio. *Sale un Criado.*
Criad. El Embaxador del Carpio
pide, para entrar, licencia.
Rey. Entre Abenyucef.
Sale Abenyucef, Moro, Embaxador.
Monz. El perrazo,
què galàn viene de plumas!
què sobervio! y què finchado!
Abeny. Alfonso valeroso, el Cielo guarde
tu Real persona, y à mayor trofèo,
antes que llegue el Sol donde mas arde,
se corone tu frente de himenèo.
Rey. Vamos al caso, Embaxador, q̃ es tarde,
lo que dice tu Rey saber deseo. (to,
Aben. Si no me engaña, Alfonso, el pẽsamiẽ-
albricias me has de dar; estame atento.
Almanzòr, que en Toledo sobre el Tejo
tiene su Alcazar, y su silla tiene,
à quien tanto cristal sirve de espejo,
que à porfia del Sol es luz perene,
salud por mì te embia; y el consejo,
que por suyo, y primero te conviene
tomar (no pienso mal, si considero,
que siendo tu enemigo, es el primero.)
Dice, que sabe por noticias ciertas,
que por guardar la castidad, que guardas
(no sè, señor, si en esta parte aciertas)
la succession anulas, y acobardas,
y entregas, capitùlas, y conciertas
à Castilla al Francès, cuyas gallardas
Lises las combidas, con cruel saña,
à la invasion de la invencible España.
Y assi, de tus intentos condolido,
con noble pecho, y con piedad humana
te pide, y yo por èl, señor, te pido
la divina hermosura de tu hermana
para su esposa, puesto que vencido
està el inconveniente de Christiana,
en el no professar iguales Leyes,
con exemplares muchos de otros Reyes.
Si en esto vienes, si à conciertos tales
te inclinas, estimando la persona
de Ximena, pondrà à sus pies Reales
el Laurèl inmortal de su Corona,
y vinculando paces inmortales,
con parentesco, que la sangre abona,
adornaràn sus sienes algun dia
Lorca, Murcia, Xerèz, y Andalucìa.
Pero si ingrato su aficion desprecias,
pero si entregas al Francès las llaves,
à una guerra daràs dos causas necias,
à un castigo daràs dos culpas graves:
si de Español legitimo te precias,
còmo olvidarte de Pelayo sabes?
còmo al Francès (resolucion estraña!)
entregar quieres la indomable España?
Pues primero que en ella belicoso
Carlos, de tì llamado, estampe huella,
has de vèr nuestro Exercito copioso
vengar à España en su mayor querella,
que bien sabrà valiente, y animoso,
quien conquistarla supo, defendella,
y à tì, despues que la haya defendido,
te quitarà el Laurèl no merecido.
Esto manda mi Rey te notifique:
con la paz te combido, ò con la guerra;
aquella acepta, ò esta se publique;
su amistad oye, ò los oìdos cierra,
por-

porque el enojo, ò la piedad se aplique
à perdonar, ò arruinar tu tierra,
que para resistir tanto enemigo,
primero, Alfonso, ha de acabar contigo.
Rey. Quiero, atento à mi decoro, *ap.*
que Bernardo hable por mì.
Ya tu Embaxada entendì:
Bernardo, responde al Moro.
Bern. Dile à tu Rey, que se engaña,
ò que le engañò el traidor,
que imputò al Rey mi señor,
que quiere entregar à España:
y que tambien se condena
à otro engaño, en entender,
que puede ser su muger
la Infanta Doña Ximena.
Dos veces su engaño sienta,
si neciò por èl suspira,
que lo primero es mentira,
y lo segundo es afrenta.
Con esto te he respondido,
y quando hacer guerra intente,
dile, que junte su gente,
dile, que marche atrevido:
pero que si en Francia acaso
nos juntàremos yo, y èl,
partiremos el Laurèl,
impidiendo à Francia el passo.
Y que seremos amigos
contra la furia Francesa;
pero acabada la empressa,
eternamente enemigos:
porque atento à mi valor
confiesse España despues,
que la defendì al Francès,
y la librè de Almanzòr.
Y puesto que aqui has andado
arrogante, y atrevido,
el castigo merecido
à tus locuras no he dado,
porque Embaxador no ofendes,
y enojado contra Francia,
te perdono la arrogancia,
por lo que à España defiendes.
Abeny. Mi Embaxada deslució. *ap.*
Bern. Vete, goza de la ley;
y si pregunta tu Rey,
quien la respuesta te diò,
dì, que con pecho gallardo
respondiò à su desatino
del Rey Alfonso un sobrino,
y que se llama Bernardo:
no te vàs? *Abeny.* Graves respuestas!
Bern. Aguardas à que me enoje,
y que enojado, te arroje
por una ventana de estas?
Abeny. Peso yo mucho, Bernardo,
y es mi Rey muy poderoso.
Bern. Huelgome, que seas brioso.
Abeny. Huelgome, que seas gallardo:
quando en presencia del dia
resplandece alguna Estrella,
es señal que toca en ella
del Sol la ardiente armonìa:
y pues tù brillando estàs
en presencia del Sol, creo,
que es conforme à su deseo
la respuesta, y luz que dàs.
Bern. No de un Sol, de muchos Soles
un Español se acompaña.
Abeny. Tambien los Moros de España
somos, Bernardo, Españoles.
Bern. Africanos sois, que en ella
vuestro Imperio dilatasteis.
Abeny. Y vosotros no baxasteis
de la Scitia à posseella?
Aliento, espiritu, y manos
nos influye un Cielo à todos:
què tuvieron mas los Godos,
que tienen los Africanos?
Bern. Ganarla al Romano arnès
nuestras valientes espadas.
Abeny. Y nosotros à lanzadas
os la quitamos despues.
Bern. Que fue à lanzadas conoces
mucha sangre derramando,
mas yo la irè restaurando
à boferadas, y à coces.
Abeny. Tira, y te responderà
aquella abrasada aroma,
aquel carbon de Mahoma,
aquel pebete de Alà,
aquel adusto tizòn,
ò abrasante maravilla,
que deborando à Castilla
à sus pies puso el Leon.
Bern. Arrogante, Moro, estàs.
Abeny. Toda la arrogancia es mia.
Bern.

Bern. Yo te bufcarè algun dia.
Abeny. En el Carpio me hallaràs,
Alcayde del Carpio foy.
Bern. Ya dudo, que en èl me efperes.
Abeny. Ay de tì, fi al Carpio fueres! *Vafe.*
Bern. Ay de tì, fi al Carpio voy!
Rey. Invencible es fu valor. *ap.*
Bern. Perdona, fi en tu prefencia
me he tomado efta licencia
de refponder à Almanzòr
colèrico, y arrojado;
porque sè por cofa llana,
que ni le has de dar tu hermana,
ni al Rey de Francia tu Eftado:
pues quando tù hacer intentes
qualquier cofa de las dos,
lo eftorvaràn, vive Dios,
tus vaffallos, y parientes.
Rey. Què valor tan atrevido! *ap.*
Bernardo, eftà muy bien hecho,
de vos eftoy fatisfecho,
muy bien haveis refpondido.
Befad aora la mano
à Bermudo, en quien efpero
tenga Principe heredero
el Leonès, y el Caftellano.
Bern. Effa es injufta eleccion,
que toda piedad condena,
viviendo Doña Ximena
tu hermana, Infanta en Leon:
à ella sì, por foberana
Señora, befarè el pie,
obedeciendo, antes que
à tu fobrino, à tu hermana.
Y fi por muger perdiò
la accion al Reyno, imagino,
que fobrino por fobrino,
ninguno es mejor que yo.
Rey. Si porque fobrino os diga,
Bernardo, os defvaneceis,
oidme atento, y fabreis
la razon, que à effo me obliga.
Bern. Pues para haver de efcuchar
mas conforme à mi decoro,
la filla, que dexò el Moro, *Sientafe.*
bien la puedo yo ocupar,
que la merezco mas bien,
y eftoy, como veis, armado,
de romper lanzas canfado,
y de eftàr en mì tambien.
Rey. Ya es fobrado atrevimiento;
levantaos, eftaos en pie.
Bern. Nunca la filla dexè,
quando una vez tomè afsiento.
Rey. Què es aquefto, vil baftardo?
Inf. Señor::- *Berm.* Mire vueftra Alteza::-
Bern. Vueftra es, feñor, mi nobleza,
yo foy el mifmo Bernardo,
que haveis honrado hafta aqui,
à quien Cavallero armafteis,
y à quien fobrino llamafteis;
y fiendo, feñor, afsi,
mi honra eftà à vueftra cuenta,
pues dixifteis, vive Dios,
quien os afrentàre à vos,
à mì, Bernardo, me afrenta.
Y pues ya de vueftra boca
afrentas tales oì,
la mitad me toca à mì,
y à vos la mitad os toca.
Rey. O villano mal nacido!
tambien conmigo fe iguala?
prendedle. *Bern.* No hay en la fala
ninguno tan atrevido.
Rey. Què efto fufro! què efto aguardo!
no hay ninguno que fe atreva?
matadle. *Bern.* Nadie fe mueva,
cobardes, que foy Bernardo:
dame effa lanza. *Monz.* A ocafion
la pides. *Rey.* Llegad, prendelle,
vaffallos. *Monz.* Nadie refuelle,
cobardes, que foy Monzòn. *Vanfe.*
Berm. Temerario atrevimiento!
Rey. A quien me diò efte enemigo
yo le darè igual caftigo;
ola, llevad à un Convento
à Ximena, muera en èl
fin vèr al Sol. *Infant.* Tus enojos
fienten con llanto mis ojos.
Berm. No es grandeza el fer cruel;
mira, feñor::- *Rey.* Quien naciò
mi fangre, còmo no fiente
mi agravio? afpid rebiente
quien efte monftruo pariò.
Infant. Ojos, de trifteza llenos,
pedid llanto al corazon,
pues de que os falta ocafion
no os podeis quejar al menos.

Bien,

Bien, que entre tantos enojos,
sin duda, os podeis quejar,
que sois pocos à llorar,
si haveis de llorar enojos.
La pena, que el alma siente,
aliviarla no podeis,
que ya veo, que ofreceis
à mucho mar, corta fuente.
Mas, para males tan largos,
para penas tan crecidas,
para tales avenidas,
ojos, convertios en Argos.

Rey. Quien con libre destemplanza
se ofende, y me ofende à mì,
pidiendo està contra sì
el castigo, y la venganza.

Berm. Señor::- *Rey.* No hay que replicar,
à un tiempo haveis de partir,
por alli vos à morir,
por aqui vos à reynar. *Vanse.*

Sale Abenyucef.

Abeny. Justamente enojado, y ofendido,
la respuesta Almanzòr de Alfonso ha oì- (do,
y para castigar ya justamente,
toma las armas, y convoca gente.
Ya està la furia mia
midiendo el tiempo, y deseando el dia
de verme en la campaña
con aquel su sobrino, que de España
la libertad tan à su cargo toma,
desprécio de Almanzòr, y de Mahoma:
ò estraño desvarìo!
ò arrogante Nacion! ò Español brio!

Sale Monzòn de Moro, vestido à lo gracioso, con un papel.

Monz. Jesus! temblando llego,
ciego de lengua, y de razones ciego,
à dar este papel: Moro gallardo!
valgame un estornudo de Bernardo!
què dirè? que no acierto à saludalle:
Alayzalema. *Aben.* Extraordinario talle!
quièn eres?

Monz. Soy un page à media rienda
de un Moro (plegue à Dios que no lo en-
q̃ sale desterrado de Toledo: (tienda) *ap.*
este papel te escribe. *Dale un papel.*

Abeny. Escusa el miedo:
llega mas.

Monz. No es, señor, sino respeto,
que soy muy cortesano, y muy discreto:
vive Dios, que el demonio no intentàra
resolucion igual, ni accion tan rara. *ap.*

Lee Abenyucef. *Valeroso Abenyucef, solo por darte cuenta de mis cosas quise passar por el Carpio: fuera de las murallas te aguardo, confiado en tu nobleza. Alà te guarde.*
No firma. *Monz.* Es discreto el amo mio.

Abeny. Mas parece papel de desafio.

Monz. Jesus! es muy tu amigo,
que viene muy de paz: què es lo que digo?

Abeny. Què dixiste?

Monz. Perdido soy: Jesus dixe: què mengua!
lo que en el alma està, dice la lengua. *ap.*

Abeny. Còmo se llama?

Monz. Aqui me coge vivo: *ap.*
Don, Don::- *Abeny.* Còmo?

Monz. Mal los nombres percibo.

Abeny. Tu dueño has olvidado?

Monz. Soy flaco de memoria, y descuidado;
mas Dios me acuerde, si afirmarlo puedo:
Azarque es, desterrado de Toledo,
que es de Azarques muy antigua maña
el vivir desterrados en Ocaña.

Abeny. Aora bien, dile q̃ entre, sea quien fuere.

Monz. Como và desterrado, hablarte quiere
primero. *Aben.* Entre, aunq̃ vaya desterrado.

Monz. Esso serà despues de haverte hablado,
porque tambien, y todo,
como và desterrado, importa el modo,
y el hablarte de passo,
porque và desterrado. *Abeny.* Estraño caso!
què haceis en referirme este destierro?

Monz. Dificil es, por Dios, cazar un perro.

Abeny. Vè, y dile, que ya salgo.

Monz. No fuera malo prevenirnos algo
de comer, porque estamos
en ayunas los mozos, y los amos.

Abeny. Basta, que eres criado entretenido.

Monz. Comerè como un lobo descosido;
pero no has de olvidarte de que espera
mi amo. *Abeny.* Luego voy.

Monz. De esta manera *ap.*
engañado, le asseguro.

Abeny. Dònde dices que està?

Monz. Fuera del muro:
no quieras dilatallo. (*Vase.*

Aben. Miẽtras tù comes, me pondrè à cavallo.

Mon. Què comer? guarda Pablo, que por yerro

vendrà à ser la comida pan de perro,
cogiendome entre puertas
essos que aora me las dàn abiertas:
mientras toma el cavallo se la pego,
tomando las del mismo Villadiego.

Vase, y sale Bernardo de Moro, con lanza, y adarga.

Bern. Cuidadoso de Monzòn,
arreatado à un fresno dexo
el Cavallo, y poco à poco
à las murallas me acerco,
por si sale Abenyucef;
el hecho mas àrduo intento,
que acreditan las Historias
de los Romanos, y Griegos:
pero ya buelve Monzòn. *Sale Monzòn.*

Monz. Dame tus brazos.

Bern. Què has hecho?

Monz. Abenyucef te lo diga,
que al galope de un overo
viene tràs de mì buscando
al Moro Azarque mi dueño,
que assi te nombrè, y que vienes
desterrado de Toledo.

Bern. Suerte dichosa he tenido.

Monz. No tan dichosa, que el perro
es un jayàn, y no està
tan en la bolsa el sucesso.

Bern. Què importa, Monzòn, si yo
tengo de mi parte al Cielo?

Monz. Ya se apèa del Cavallo,
y à verte viene resuelto.

Sale Abenyucef con lanza, y adarga.

Bern. El Moro es valiente, y noble. *ap.*

Abeny. Guardeos Alà, Cavallero.

Bern. Bien venido, Abenyucef:
conocesme? *Abeny.* Tu escudero
me ha dicho, que eres Azarque,
y que por cierto destierro
dexas tu Patria, aunque tù
en tu papel no hablas de esto.

Bern. Pues no soy sino Bernardo,
Moro, que à cumplirte vengo
la palabra, y à buscarte
al Carpio, y yo soy el mesmo,
que la respuesta te diò
en Leon, y quien pretendo
aora darte à entender
quan diferentes, y opuestos
somos Godos, y Africanos,
aunque nos influya un Cielo.

Abeny. Valiente eres, y animoso,
nunca esperè lo que has hecho;
porque venirte à mis manos,
como al imàn el acero,
tan bizarro en los peligros,
y tan hallado en los riesgos,
es accion, que me ha cogido
de susto todo el aliento.

Bern. El que de Español se precia,
obrando mas, habla menos.

Abeny. Si he de pelear contigo
lanza à lanza, y cuerpo à cuerpo,
bien podràs ser mas dichoso
consiguiendo el vencimiento,
pero mas valiente no.

Bern. Sì lo soy, pues solo vengo
solo à tu casa à buscarte.

Abeny. Toma el Cavallo.

Bern. Haz lo mesmo.

Abeny. Presto veràs si te igualo.

Bern. Presto veràs si te excedo.

Abeny. Lastima tengo à tus años.

Bern. Lo piadoso te agradezco. *Vanse.*

Monz. A un golpe de la fortuna
se ha embiado todo el resto,
plegue à Dios, que no perdamos;
mas servirà de consuelo
à toda desdicha el vèr,
que con buen punto perdemos.
Ya traban la escaramuza,
ya se buscan, y cubiertos,
por la mitad del adarga
tercian el robusto fresno.
Valiente, y diestro es Bernardo,
el Moro es valiente, y diestro;
mas vive Dios, que el muchacho
entra, y sale tan ligero,
que dos tiempos executa
primero, que el Moro un tiempo.
Ea, valor de Castilla:
bravo golpe! bravo encuentro!
de la silla le ha sacado,
y desnudando el acero,
bizarramente destroza
la cabeza de aquel cuerpo.

Sale Bernardo embainando la espada.

Bern. Aquesto es hecho, Monzòn,
pon-

ponte en el Cavallo meſmo
del Moro, con ſu cabeza
en el arzòn, vè diciendo
por el Carpio: Santiago,
que del Carpio he de ſer dueño.
Monz. Dame eſſa mano, ſeñor,
que con lo que aora has hecho,
Alcides fue un mata moſcas,
una dueña fue Teſèo,
y un enano, vive Chriſto,
fue Aquiles, y callar puedo.
Bern. Haz, Monzòn, lo que te mando.
Monz. Santiago al Carpio demos,
y en el Cavallo del Moro
entrarè por èl diciendo
lo que ya en Francia los hijos
de la Barbuda dixeron:
Santiago, Santiago. *Bern.* Viva
Alfonſo, del Carpio dueño. *Vanſe.*

Salen el Rey, Bermudo, el Conde D. Rubio, y acompañamiento.

Rey. En eſta antigua, y generoſa Villa
de Luna, donde à Cortes ſe han juntado
los Reynos de Leon, y de Caſtilla,
quiero, Bermudo, que quedeis jurado.
Berm. Quié levãta ſu hechura, mas la humilla:
mas vueſtro quedo, quanto mas honrado.
Rey. Eſte Caſtillo anciano, cuyas piedras,
del tiempo envejecidas, peinan yedras,
larga priſion, ò ſepultura ha ſido
del deſdichado Conde de Saldaña:
aqui, de ſu traicion arrepentido,
exemplo vive à la lealtad de Eſpaña.
Berm. Nunca mas de Bernardo ſe ha ſabido,
que ſu ſobervia preſuncion le engaña.
Rub. Se ſabe, que en el Carpio retirado,
ſirviendo al Moro, puede dar cuidado.
Rey. Nunca à mì me le diò: y yo he ſabido,
que no ſolo à quien es Bernardo atiende,
Religioſo en la Fè que ha recibido,
mas que del Carpio la cõquiſta emprende.
Eſto, Conde, es verdad: y aunq̃ atrevido
ſu libre condicion tal vez me ofende,
como en èl ſangre mia conſidero,
quando eſtoy mas airado, mas le quiero:
Mas què caxas ſon eſtas? *Tocan caxas.*
Rub. Al sòn grave
de un atambòr, que los vientos inquieta,
y à la voz de un pifano ſuave,
que el contrapunto lleva à la baqueta;
Bernardo marcha. *Rey.* Ya ſin duda ſabe
la verdad, que haſta aqui le fue ſecreta,
y que en eſta priſion, viviendo muere
ſu padre el Conde, y libertarle quiere.
Rub. Retirate, ſeñor. *Rey.* Què decìs, Conde?
yo retirarme? mi preſencia ſola
à Exercito mayor no correſponde?
la autoridad Real, la fè Eſpañola
nunca retira el roſtro, ni le eſconde:
yo ſolo, vive Dios, he de eſperallo,
q̃ no hay valiente con ſu Rey, vaſſallo.

Sale Bernardo marchando, y Monzòn con Vanderas, y Cautivos preſos.

Bern. Señor, ſi tus pies merece
quien tu diſguſto ocaſiona,
para redimir mi culpa
te ofrecerè una victoria.
Al Carpio lleguè, y con una
eſtratagema dichoſa,
à Abenyucef ſu Alcayde,
fiero blaſon de Mahoma,
ſaquè à la campaña, à donde
de la mia à ſu perſona,
le dì à entender las ventajas
de nueſtra Nacion heroica.
Cuerpo à cuerpo le dì muerte,
eſcribiendo con la roja
tinta de ſu ſangre, triunfos
para la familia Goda.
Con ſu cortada cabeza
paſsè al Carpio (accion heroica!)
à governar à los ſuyos:
deſcerrajè las mazmorras
de los Chriſtianos Cautivos,
y con ſu ayuda, aunque poca,
ganè el Carpio; bien lo dicen,
aunque en moderada pompa,
eſſas Vanderas vencidas,
que arraſtradas ſe te poſtran.
Y aſpirando à mayor triunfo,
con eſta pequeña eſcolta
de priſioneros Chriſtianos,
alcancè feliz victoria
de diez y nueve Caſtillos,
que rendidos me ſobornan
con vaſſallage, obediencia,
con blaſones, vanaglorias.
Todo es tuyo, ſolo quiero,

porque al olvido se oponga,
el apellido del Carpio,
y por armas prodigiosas
los diez y nueve Castillos
triunfo de mi espada sola.

Rey. Bernardo, sobrino, amigo,
poco hace quien os perdona,
quando vos sabeis ganaros
la gracia con tales obras.
Dadme los brazos, y ya *Abrazale.*
que sangre mia os abona,
poned un Leon por Armas,
y los Castillos por orla.

Bern. Con tal favor, magno Alfonso,
temblarà el Africa toda.

Rey. Abrazad à vuestro primo.

Berm. Honrais, primo, la Corona
de Leon, pues por vos solo
tan grandes aumentos goza.

Sale Doña Sol, y acompañamiento.

Sol. Deme los pies vuestra Alteza.

Rey. Sol, havéisme suspendido:
quièn à Leon os ha traido?

Sol. Una eclipsada belleza,
la mas cortès humildad,
la grandeza mas postrada,
la fè mas ciega, y vendada,
la mas presa libertad.
Sabiendo, señor, tu intento,
quien le venera, y adora,
que es la Infanta mi señora,
para hacer el juramento
poder bastante me ha dado;
y en fè de que mas se humilla,
el derecho de Castilla
en Bermudo ha renunciado:
esta es la renunciacion. *Dale un papel.*

Rey. Sol, nunca mas lo haveis sido,
pues me haveis enternecido.

Bern. Aquesta es buena ocasion. *ap.*
Señor, si de mi lealtad
en parte alguna te obligas,
suplicote, que me digas
aquella oculta verdad,
que sabes ignoro yo.
Cessen ya, cessen agravios,
y sepa yo de tus labios
el padre que el sèr me diò:
que afrentado en mis enojos,
siendo Sol la luz que estìmo,
quando à mirarla me anìmo,
baxo cobarde los ojos.

Rey. Ambos estàn à mis pies, *ap.*
y de ambos siento el pesar.
Sol, bolvedme luego à hablar;
Bernardo, vedme despues. *Vanse.*

Sol. Què tan poco valga en tì,
invicto Alfonso, mi llanto!

Bern. Què en quien tiene de Dios tanto
huya la piedad assi!
Sol hermosa, perdonad,
que del alma, si pudiera,
à vos la mitad os diera,
y à la Infanta otra mitad.

Sol. Bernardo, en vuestros enojos
parte me toca, y no poca;
mas como falta en la boca,
busco la lengua en los ojos.

Bern. Si vos tambien me encubrìs
este secreto, què aguardo?

Sol. No puedo hablar yo, Bernardo.

Bern. Harto en esso me decìs.

Sol. Y harto hago en encubrillo.

Bern. Y yo en tener sufrimiento
en la sinrazon que siento.

Sol. Este encantado Castillo
encubre lo que buscais.

Bern. Què decìs?

Sol. No me entendeis?
desencantadlo, y vereis
todo lo que deseais. *Vase.*

Bern. Monzòn, sin alma he quedado.

Monz. Y yo mucho mas, señor,
porque à quièn no dà temor
vèr un Castillo encantado?

Bern. Vive el Cielo soberano,
que no ha de quedar en èl
piedra, cornisa, ò lintèl,
que no registre mi mano.

Monz. Sol, si esta nueva nos dais,
por què tan presto os poneis?

Bern. Desencantadle, y vereis
todo lo que deseais?
Vèn, Monzòn, que de mi llanto
la serenidad es cierta.

Monz. Yo me quedarè à la puerta
mientras vences el encanto.

Bern. Què poco estimas los gozos,
que

que yo he de partir contigo!
Monz. Nunca, señor, fui yo amigo
de encantados calabozos.
Bern. En vano, Monzòn, procuras
quedarte; passa delante.
Monz. De què Cavallero andante
se cuentan mas aventuras?
Bern. Sol lo dixo; y pues lo es tanto,
que deslumbra mi fortuna,
entro al Castillo de Luna
à descifrar este encanto. *Vanse.*

Sale el Conde de Saldaña con barba cana, y cadena, mal vestido, como que và à tientas.

Cond. Desdichada suerte mia,
hasta quàndo has de durar?
Noche, acaba de passar,
llegue de mi muerte el dia:
Noche es la Noruega fria,
de mis ojos muerte airada:
còmo eres tarda, y pesada?
Mas debes de ser muger,
muerte, pues mas quieres ser
temida, que no rogada.

Arrimase el Conde, y salen Bernardo, y Monzòn con las espadas desnudas.

Bern. Monzòn. *Monz.* Señor.
Bern. Hasta aqui
la luz del Sol me alumbraba.
Monz. Eclipsòla mi desdicha,
aqui sus rayos no alcanzan.
Bern. Què obscuridad! *Cond.* Ay de mì!
Bern. Valgame Dios!
Monz. Què encantada
voz! Santa Clara bendita,
si sois por Clara abogada
de obscuridades, lo claro
de vuestro nombre me valga.
Cond. Triste de mì, sin ventura!
Monz. Cadenita nos arrastra?
Moro encantado tenemos.
Bern. Ardientes suspiros lanza,
y tristes lagrimas vierte.
Monz. De esta manera lloraba
aquel Cautivo en Oràn,
en la desierta campaña;
mas aqui, señor, yo pienso,
que dos mil Demonios andan.
Bern. Vive Dios, que he de saber
quièn se queja, ò por què causa.
Cond. Quando entrè en este Castillo
apenas tenìa barba,
y aora, por mi desdicha,
la tengo crecida, y cana.
Olvidado estoy, sin duda:
pero quien està en desgracia
de su Rey, todos le olvidan,
hasta su sangre le falta.
Què bien se vè! pues mi hijo,
siendo prenda tan del alma,
con tanto descuido vive,
con tanto olvido me agravia.
Valiente me dicen que es
los Monteros, y los Guardas,
que dicen sus valentìas,
y me cuentan sus hazañas.
Bern. Azia aqui, si no me engaño,
queda una voz se escuchaba.
Cond. Ay hijo del alma mia!
sombra he quedado, y fantasma
de estas obscuras tinieblas,
de estas lòbregas moradas.
Monz. Fantasma dixo? què esperas?
quièn nos mete con fantasmas?
Bern. Quièn eres, sombra, ò vision,
que atemorizas, y espantas?
de què agravio te lamentas?
de què sinrazon te agravias?
Cond. Quièn es el que lo pregunta?
Bern. Quien, pisando horrores, llama
à los peligros, se atreve
à poner aqui las plantas
de este encantado Castillo,
porque le importa à su fama
saber lo que en èl se encierra.
Cond. Si esta inclinacion gallarda
tuviera algun hijo mio,
no fueran mis penas tantas.
Bern. Haced cuenta que lo soy,
y decidme lo que os falta,
que vive Dios, que descienda
de un riesgo en otro, à la estancia
del abismo, y que encadene
aquel monstruo de tres caras
con los hierros que le afligen,
y vuestro encanto deshaga.
Cond. No estoy encantado, no,
muerto sì, que es mas desgracia.

Monz.

Monz. Muerto dixo? aqui del miedo:
aun peor eſtà, que eſtaba.
Cond. Poſsible es, que no ſabeis
mi hiſtoria, quando en Eſpaña
es tan pùblica, que ya
haſta los niños la cantan?
Bern. Que yo la ignoro, confieſſo.
Cond. Entre otras pobres alhajas
ha de haver aqui una ſilla: *Sientaſe.*
ſentaos, la oìreis, que no es larga.
Muchos años ha (que muchos
ſon los que en priſion ſe paſſan)
que en aqueſtos hierros vivo,
ſiendo otros yerros la cauſa:
aunque ſi yerros de Amor
ſe diſculpan en quien ama,
nunca en generoſos pechos
cupieron tantas venganzas.
Verdad es, que de mis penas
la mas crecida no iguala
al menor bien que gocè;
que aunque todas las paſſadas
glorias parecen menores,
las mias no ſe comparan
con las demàs, porque fueron
mas allà de la eſperanza.
Volè al Sol (què atrevimiento!)
lleguè al Sol (què libres alas!)
fui embidiado (què peligro!)
caì del Sol (què deſgracia!)
Fui yo en mis años primeros
muy dichoſo con las Damas,
que era muy galàn decian:
ay Dios, còmo ſe engañaban!
Puſe los ojos en una,
que por lo menos fue hermana
del Rey de Leon el Caſto:
aqui la memoria acaba,
perdonad, que me enternezco
en tratando de la Infanta.
Bern. Deſcanſad, que con el llanto
los afligidos deſcanſan.
Cond. Merecì favores ſuyos,
y reſultò de eſta cauſa
un hijo, que aora (ay de mì!)
con què ingratitud me paga
el sèr que le dì, pues nunca
ſe ha acordado de mis canas!
Servì al Rey contra los Moros
de Toledo, y Calatrava,
ganando muchas victorias,
venciendo muchas batallas,
porque peleaba Amor
con el afecto, y las armas.
Las mercedes que me hacia
à mis amigos las daba,
para enmudecer la embidia,
ſi hay precio que tanto valga.
Vendiòme, al fin, un traidor,
que era el miſmo que criaba
mi hijo, zeloſo en fin,
que zelos lealtad no guardan.
Deſcubriò al Rey el ſecreto,
y con unas falſas cartas
à eſte Caſtillo me embia,
donde riguroſo manda,
que en èl me ſaquen los ojos,
y que en eſta priſion vaya,
como el guſano de ſeda,
con mi llanto, y con mis anſias,
labrando para la vida
el ſepulcro, y la mortaja.
Pero lo que mas me aflige
en penas tan dilatadas,
es, que la ſangre en mi hijo,
ni le incita, ni le llama,
ni de mi priſion ſe ofende,
ni de mi olvido ſe agravia.
Sobrino le llama el Rey,
y pienſo, que eſta es la cauſa,
que le obliga à eſte deſprecio;
pues vive Dios, que ſe engaña,
que ſi es noble, por mì es noble,
ſi es valiente, de mi eſpada
heredò la valentìa:
ſi las Lunas Africanas
pone à ſus pies, de mi hiſtoria
ſon capitulos, que arranca,
parrafos, que deletrèa,
y clauſulas, que traslada.
Enojado eſtoy: ay hijo!
perdona, ſi mis palabras
te ofenden; y vos, ſeñor,
perdonadme, que me ſaca
de la modeſtia el peſar,
pero la vejèz me ſalva.
Bern. Puede ſer que vueſtro hijo
viva en la miſma ignorancia

que

que yo, que nunca he sabido
de quanto decìs, palabra:
còmo se llama? *Cond.* No sè;
ya no sè como se llama,
que solo el nombre de hijo
tenàz la memoria guarda.
El Carpio ha ganado aora,
y fuera mejor ganancia
dàr libertad à su padre,
ò à lo menos procurarla.
Bern. Ay padre del alma mia! *ap.*
llegò el desengaño al alma;
mas basta saber quien es,
hagan los afectos pausa,
y al silencio de los labios
mueva el corazon las alas.
Podrè yo saber quien sois?
Cond. Notable es vuestra ignorancia,
pues mi nombre no sabeis:
el Conde soy de Saldaña.
Bern. Dexa, padre generoso,
que en su llanto se deshaga
à tus pies un hijo indigno. *Arrodillase.*
Cond. Què decìs? aqui se acaba
mi vida, que del contento
tal vez la alegrìa mata.
Bern. Bernardo tu hijo soy.
Cond. Bernardo, hijo, que el alma
se me acabò de alegrar,
(ay hijo de mis entrañas!)
ya estaràs hombre? *Bern.* Y tan hombre,
que à saber esta ignorada
verdad, huviera deshecho
piedra à piedra la muralla
de esta prision por librarte,
aunque al respeto faltàra:
mas que del Rey, tengo queja
de tì, porque lo callabas,
quando la sangre en mi pecho
me lo dixo veces tantas.
Monz. Y Monzòn tambien, señor,
và pelechando, aunque anda
à pleyto con sus vigotes,
porque de tan mala gana
salen, que barba à lo tigre,
un pelo aqui, y otro en Francia.
Cond. Hijo Monzòn, aqui estàs?
Monz. Si señor, la mano alarga,
tentaràs unos vigotes
sietemesinos, que aguardan
un Barbero del Japòn
con Indianas esperanzas;
y por ello pienso, que
les han quemado en estatua.
Bern. A deshacer este encanto
me entrè aqui, y porque deshaga
encanto, y agravio à un tiempo,
oy, à pesar de las Guardas,
Aquiles de aquestos ombros,
saldràs de prision tan larga.
Cond. No, hijo, no quiero yo,
con el amor os culpaba;
sin que lo consienta el Rey,
ni aun la libertad me agrada.
Pedidsela vos, Bernardo,
que de los Reyes la gracia
con la ingratitud se pierde,
y con los ruegos se gana.
Monz. Señor, el Rey, Don Bermudo,
Doña Sol, Don Rubio, y hachas,
una procession, con otra
de picas, y de alabardas,
vàn entrando. *Cond.* Ay de mì triste!
muerto soy: sobresaltada
la vida entre dos extremos
se apresura, y se desmaya.
Salen el Rey, Doña Sol, Bermudo, Don Rubio, y acompañamiento con hachas.
Rey. Retiraos, dexadme solo,
y porque nadie se salga,
echad, Alcayde, el rastrillo.
Bern. Con que tù lo mandes, basta,
que para prender leales,
rastrillos son las palabras
de los Reyes, mayormente
quando al filo de esta espada,
ni herrada puerta es defensa,
ni fuerte rastrillo es guarda.
Alfonso, Rey de Castilla,
y de Leon, à quien llaman
el Casto (pluguiera al Cielo,
que nunca te lo llamàran,
pues es virtud, que en los Reyes
la succession embaraza)
yo soy Bernardo del Carpio,
y yo nacì de tu hermana
la Infanta Doña Ximena,
y del Conde de Saldaña.

Esta verdad me has negado:
y aunque sobrino me llamas,
no es buen parentesco aquel
à donde el padre se calla.
Yo le he hallado en el Castillo,
à quien encantado llaman,
quizà porque tù, señor,
en èl à mi padre encantas.
A rescate te le pido:
mira quantas Africanas
cabezas quieres por èl;
y si aquesto no te agrada,
y en tu Reyno esta moneda
por forastera no passa,
Vanderas, Villas, Castillos
te ofrezco; quede assentada
en tus libros la razon,
que como mi padre salga
de la prision, el valor
de Bernardo la afianza.
Mas si cruel me le niegas,
aun bien que à puerta cerrada
nos hallamos, vive Dios,
que de quantos te acompañan
no ha de quedar hombre vivo,
empezando mi venganza *Desembaina.*
por algun cobarde amigo,
que traidor me escucha, y calla.
Y quando me haya vengado
pondrè, señor, à tus plantas
mi cabeza, porque veas,
que la obediencia no falta.
Rey. Cesse, Bernardo, el enojo,
buelve la espada à la bayna,
que à daros à vuestro padre
entrè aqui, y à que la Infanta
sea su esposa, y vos quedeis
legitimo, à fuer de España.
Bern. A fuer de esclavo, señor,
mi boca en tus pies se estampa.
Conde, y señor::- mas què es esto?
muerto està. *Rey.* Què decìs?
Bern. Basta,
que, ò le matò el contento,
ò el respeto de que entrabas.
Rey. Miradlo bien.
Bern. Marmol frio
yace en cadenas pesadas:
hà buen Conde Sancho Diaz!
hà buen señor de Saldaña!
Rey. La mano, aun despues de muerto,
se la ha de dàr à mi hermana.
Bern. Retiraos todos, que quiero
cortar prision tan pesada
con el lustre de mis glorias,
ò el filo de aquesta espada:
Sol, vuestro esclavo es Bernardo.
Sol. Soy dichosa. *Monz.* Porque vaya
la soga tràs el caldero,
yo me casarè mañana
al instante. *Bern.* Y el Bastardo
de Castilla en esto acaba.
Monz. El casamiento en la muerte,
el tàlamo en la mortaja,
y à un tiempo exequias, y bodas,
que esto hace quien se casa.

F I N.

Con Licencia, en VALENCIA, en la Imprenta de Joseph, y Thomàs de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio de Corpus Christi, en donde se hallarà esta, y otras de diferentes Titulos.
Año 1776.